

## **ENFRENTAMIENTO RELIGIOSO Y CRISIS POLÍTICA EN EL EXARCADO DE ITALIA, 639/640-653**

**CARLOS MARTÍNEZ CARRASCO**

*Dpto. Historia Medieval y CC. y TT. Historiográficas  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Granada  
Campus Universitario de Cartuja, 18071 Granada  
cmtnez@ugr.es*

### ***Abstract***

The article presents three episodes in which the problematic relationship of the Eastern Roman Empire with Papacy in Italy is thoroughly studied. These controversial episodes were not only rooted in religious confrontation, but also in political issues. In 7<sup>th</sup> century, which was a time of transformation in the Mediterranean world, new powers appeared. The Popes wanted to play a new role according to their power. But the old Roman senatorial aristocracy fought to maintain its prominent traditional position. In some cases, an armed revolt exploded with disastrous results. In other cases, the revolt turned out to be merely a propaganda instrument to both parties.

**Key-words:** Byzantine Empire, Byzantine Italy, Papacy, Duchy of Rome, Monotelism

### ***Resumen***

El artículo presenta tres episodios en los cuales podemos ver la problemática relación entre el Imperio romano de Oriente y el Papado en Italia. Estos episodios conflictivos no nacieron sólo de la confrontación religiosa, sino también política. En un tiempo de transformaciones, como fue el siglo VII en el mundo mediterráneo, aparecieron nuevos poderes. El papa quería desempeñar un nuevo papel, de acuerdo con su poder. Pero la antigua aristocracia senatorial romana luchó por mantener su posición tradicional. En algunas ocasiones, estalló la revuelta armada con resultados desastrosos. En otros casos, la revuelta es supuesta, un mero instrumento de propaganda para ambos partidos.

**Metadada:** Imperio bizantino, Italia bizantina, Papado, Ducado de Roma, Monotelismo

# **ENFRENTAMIENTO RELIGIOSO Y CRISIS POLÍTICA EN EL EXARCADO DE ITALIA, 639/640-653**

**CARLOS MARTÍNEZ CARRASCO**

## ***Introducción***

Los acontecimientos que tuvieron lugar en el Exarcado de Italia<sup>1</sup> durante la primera mitad del siglo VII son poco importantes si los comparamos con lo que estaba sucediendo en Oriente en esos mismos años. En el escenario italiano, el Imperio no se jugaba la supervivencia como sí lo estaba haciendo contra persas y árabes. Se trata de un frente secundario, a pesar de que la ciudad de Roma mantuviera un estatus simbólico y que durante mucho tiempo, la disyuntiva estuviera en una Constantinopla con o sin la ciudad del Tíber, basculando entre la influencia cultural oriental y la occidental. Esta es la razón por la cual en las crónicas orientales apenas se hallan menciones a lo que está ocurriendo en el Occidente mediterráneo, salvo algunas pinceladas que más tienen que ver con la querrela monotelita que con la política en sentido estricto, y esto porque estaban implicados tanto el emperador como el patriarca de Constantinopla. Pero esto no quiere decir que los hechos vividos en la península itálica no fueran determinantes para una Romania que estaba perdiendo territorios en otros frentes.

El período que va desde los años 639/640 a 653 estuvo marcado por la tensión entre los poderes civil, militar y religioso asentados en Italia. Y si bien todo ello se enmarca en la ya mencionada querrela monotelita, el objetivo de este estudio no será la cuestión religiosa, sino que se enfocará desde el punto de vista político. Por esta razón, centraré

<sup>1</sup> El Exarcado italiano no era un espacio geográfico continuo ni unido, a pesar de que constituyera una unidad política. Entre las posesiones del centro-noreste de la península y las meridionales se extendían los ducados longobardos de Spoleto y Benevento. El mapa político estaba dividido en varias demarcaciones: 1. Gobierno de Istria. 2. Ducado de Venecia. 3. El Exarcado de Rávena propiamente dicho, del que dependía Calabria. 4. Ducado de Roma. 5. Ducado de la Pentápolis, formado por las ciudades de Ancona, Rímimi, Fano, Pésaro y Senigallia. 6. Ducado de Nápoles. 7. Gobierno de Liguria: Ch. Diehl, *Études sur l'Administration Byzantine dans l'Exarchat de Ravenne (568-751)*, Paris 1888, 31; B. Bavant, "Le Duché Byzantin de Rome. Origine, durée et extension géographique", *Mélanges de l'Ecole Française de Rome. Moyen Âge-Temps Modernes* 91.1 (1979) 41-88: 41; E. Zanini, *Le Italie bizantine. Territorio, insediamenti ed economia nella provincia bizantina d'Italia*, Bari 1998, 61-63.

la atención sobre tres enfrentamientos que ejemplifican la oposición entre Roma y Rávena, como sedes de dos poderes que se pretenden universales –Imperio y Papado– y que tienen que coexistir en un mismo espacio. El primero de ellos es el asalto del palacio de Letrán por parte de la guarnición de Roma en un contexto muy complejo. El segundo acontecimiento que trataré será el levantamiento del Ducado romano contra el exarca de Rávena con toda su puesta en escena. Finalmente, analizaré la profunda crisis por la que atravesaron las relaciones Roma–Constantinopla a mediados del siglo como consecuencia de la política religiosa auspiciada por el emperador y el patriarca de la capital para imponer el monotelismo, y, en ese contexto, examinaré un nuevo episodio de crisis política, con un levantamiento que presenta ciertos aspectos problemáticos.

Una de las cuestiones a tener en cuenta es que dependemos en exclusiva de escritos occidentales. El *Liber Pontificalis* y otras fuentes que beben de él, como los *Gesta episcoporum Neapolitanorum*, se convierten en las únicas fuentes para reconstruir los hechos. Esta dependencia imprime un carácter marcadamente pro-pontificio a los relatos. Es una característica que debemos tener muy presente, toda vez que lo que hay detrás es un intento por denigrar a unos orientales considerados herejes. Otro punto no menos importante es el provincialismo de estos textos, como la *Historia Langobardorum* de Pablo el Diácono, centrados en exclusiva en las regiones de donde eran oriundos los cronistas, si bien dan alguna información sobre Oriente, pero como algo exótico. El localismo de las fuentes habría llevado a que la mayoría de los estudios acerca del Exarcado italiano hayan dejado de lado el contexto general. Entendemos Italia como una pieza más en el juego político de un Mediterráneo convulso y no como una pieza aislada sin ninguna conexión con lo que está sucediendo no sólo en la propia Constantinopla, sino también en las provincias de Egipto y Siria-Palestina, invadidas por los árabes musulmanes. Muchos comportamientos que se dieron en Italia recuerdan mucho a los adoptados por los magistrados en Oriente.

### **1. El saqueo del palacio de Letrán**

No se puede precisar con exactitud cuándo se produjo el saqueo del tesoro pontificio en el palacio de San Juan de Letrán, si bien la fecha que se baraja como la más probable estaría comprendida entre finales de 639 y comienzos de 640<sup>2</sup>. El *Liber Pontificalis* sólo indica que tuvo lugar antes de la ordenación de Severino como patriarca de la sede de Roma. Esto ocurrió en mayo de 640, cuando el solio llevaba vacante desde la muerte de

<sup>2</sup> A. N. Stratos, *Byzantium in Seventh Century*, 5 vols., Amsterdam 1968-1980, vol. 3, 79; P. Corsi, “La politica italiana di Costante II”, en *Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull’Alto Medioevo XXXIV: Bisanzio, Roma e l’Italia nell’Alto Medioevo, 3-9 aprile 1986*, 2 vols., Spoleto 1989, vol. 2, 751-796: 754.

Honorio, en octubre de 638<sup>3</sup>. Un interregno de año y medio en el que se produjo este episodio, uno más en la ya larga historia de desencuentros entre la antigua capital imperial y Constantinopla, en la pugna entre el poder religioso y el político, respectivamente. Esta vez el protagonista fue el *chartularios* Mauricio<sup>4</sup>, que actuó con el beneplácito del exarca de Rávena, el armenio Isaac (625-643)<sup>5</sup>. Y si bien sólo tenemos noticia de este suceso por fuentes occidentales, no es menos cierto que su impacto alcanzó Oriente. En ninguna crónica griega ni siriaca hallamos un relato pormenorizado de lo ocurrido, pero sí una mención que sirve para probar que el asalto de Mauricio al palacio de Letrán fue conocido en Levante y provocó cierta conmoción. Es el patriarca jacobita de Antioquía Miguel el Sirio (1166-1199) quien señala que “el cuarto obispo después de la devastación de la ciudad fue Martín”<sup>6</sup>, lo que supuso tomar el hecho como un hito válido para contar los obispados en Roma debido a la repercusión que tuvo.

El autor de la *Vita Severini* señala que el *chartularios* actuó movido por el deseo de dañar a la Iglesia de Dios<sup>7</sup> al levantar a los soldados contra el pontífice. Se ha sostenido que la entrada de los soldados en el palacio episcopal de Letrán tenía como objetivo asegurar la elección de un papa favorable al monotelismo<sup>8</sup>. Su antecesor, Honorio, lo había sido. En la respuesta a una carta del patriarca Sergio de Constantinopla, fechada en 630-633, aceptó la nueva doctrina, rechazando los argumentos del patriarca Sofronio de Jerusalén (634-638), que también se había dirigido al patriarca de Roma. Forma parte del juego de alianzas entre las distintas sedes de la Pentarquía, con un bloque pro-monotelita en el que también estaba la Alejandría regida por Ciro como uno de sus principales pilares, lo que dejaba a los anti-monotelitas pendientes de la posición de Roma<sup>9</sup>. De hecho, Honorio sería condenado en el VI Concilio Ecuménico de Constantinopla (680-681)<sup>10</sup>. El Edicto promulgado por el

<sup>3</sup> *Lib. Pont.*, 72 y 73 [L. Duchesne (ed., introd. y coment.), *Le Liber Pontificalis*, 2 vols., Paris 1886, vol. 1; R. Davies (trad.), *The Book of Pontiffs (Liber Pontificalis). The Ancient Biographies of Ninety Roman Bishops to AD 715*, Liverpool 2010<sup>3</sup>].

<sup>4</sup> “Mauricius 8”, *PLRE*, vol. 3B, 861-862 [J. R. Martindale, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, vol. 3, AD 527-641, Cambridge 1992].

<sup>5</sup> O. Bertolini, “Il patrizio Isacio esarca d’Italia”, en *Atti del 2° Congresso Internazionale di Studio sull’ Alto Medioevo*, 1952, Spoleto 1953, 117-120; “Isaacius 8”, *PLRE*, vol. 3A, 719-721.

<sup>6</sup> Mich. Syr., II, XI.7, 427 [J.-B. Chabot (trad.), *Chronique de Michel le Syrien Patriarche Jacobite d’Antioche*, Bruxelles 1963].

<sup>7</sup> *Lib. Pont.*, 73; *Gest. Episc. Neap.*, 26.XXIX [G. Waitz (ed.), *Gesta episcoporum Neapolitanorum, Monumenta Germaniae Historica. Scriptores Rerum Langobardorum*, Hannover 1878, 398-436].

<sup>8</sup> J. Richards, *The Popes and the Papacy in the Early Middle Ages*, 476-752, London 1979, 183; J. Herrin, *The formation of Christendom*, London 1987, 214.

<sup>9</sup> Ch.-J. Héfélé, *Histoire des Conciles d’après les documents originaux*, vol. 4, Paris 1870, 27-32.

<sup>10</sup> J. Meyendorff, *Imperial Unity and Christian Divisions. The Church 450-680 A.D.*, New York 1989, 353-356.

emperador Constantino IV (668-685) deja poco lugar a dudas acerca de la postura de este papa: “Los errores de Apolinar, etc..., fueron renovados por Teodoro de Faran y confirmados por Honorio, que se contradice a sí mismo; Ciro, Pirro, Pablo y Pedro, y últimamente, Macario, Esteban y Polijronio han extendido también el monotelismo”<sup>11</sup>.

Severino fue más prudente. Contrario al monotelismo, sabía que cualquier atisbo de oposición por su parte pondría en peligro su ascenso al solio pontificio. Por ese motivo aceptó la *Ekthesis* –promulgada en octubre de 638, por lo que no pudo ser ratificada por Honorio– mientras entablaba negociaciones para asegurarse la elección. El largo interregno se explica por la dificultad de poner de acuerdo a todas las facciones. Podría pensarse por tanto que Mauricio irrumpió con los soldados del ejército de Roma para forzar el nombramiento de Severino<sup>12</sup>. Sin embargo, tanto el *Liber Pontificalis* como los *Gesta episcoporum Neapolitanorum* mencionan la resistencia que opusieron “aquellos que estaban con el santo señor Severino”<sup>13</sup>, lo cual indica que no hubo ningún acuerdo entre las partes. Asimismo, cuando el nuevo patriarca se supo seguro en su puesto, rechazó el monotelismo entre junio y julio de 640, después del episodio del saqueo de Letrán<sup>14</sup>.

Pero además de la especial coyuntura religiosa que se vivía, hay que tener en cuenta la realidad política y económica de la Italia del segundo tercio del siglo VII. En 636, con Rotario en el trono longobardo, se puso fin al período de paz que se venía disfrutando desde 610 por la delicada situación en la que romanos y longobardos se hallaban a causa de la amenaza avaro-eslava<sup>15</sup>. Fue en 639-643 cuando Rotario se lanzó a la conquista de “todas las ciudades de los romanos que hay en la costa desde Luni en Tuscia (Toscana) hasta el territorio de los francos”<sup>16</sup>. Sin embargo, el impacto de la conquista fue más allá de la pérdida territorial. Según narra el Pseudo-Fredegario, el rey redujo a sus habitantes a la esclavitud y “ordenó que esas ciudades fueran conocidas sólo como *vicus* en un futuro y destruyó las murallas hasta los cimientos”<sup>17</sup>. Con estas medidas, los antiguos ciuda-

<sup>11</sup> Ch.-J. Héféélé, *Histoire des Conciles* (cit. n. 9), 166; J. Meyendorff, *Imperial Unity* (cit. n. 10), 336-339. En lo referente a la herejía de Apolinar, en la *Crónica Maronita* (ca. 664), próxima al monotelismo, se reconocen los puntos en común con esa herejía, al afirmar que sólo hay una naturaleza en la Trinidad. Véase F. Nau, *Opuscules Maronites*, Paris 1900, 5.

<sup>12</sup> B. Bavant, “Duché” (cit. n. 1), 66.

<sup>13</sup> *Lib. Pont.*, 73; *Gest. Episc. Neap.*, 26.XXIX.

<sup>14</sup> A. J. Ekonomou, *Byzantine Rome and the Greek Popes. Eastern Influences on Rome and the Papacy from Gregory the Great to Zacharias, A.D. 590-752*, Lanham 2007, 95; A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), vol. 3, 78.

<sup>15</sup> E. Zanini, *Italie bizantine* (cit. n. 1), 80-81.

<sup>16</sup> Paul. Diac., *Hist. Lang.*, IV.45.

<sup>17</sup> Fredegar., IV.71 [J. M. Wallace-Hadrill (ed., trad., introd. y notas), *The Fourth Book of the Chronicle of Fredegar with its continuations*, London 1960]; Th. S. Brown, *Gentlemen and officers*.



danos perdían todos sus derechos como tales y las ciudades, reducidas a meros enclaves rurales, quedaban despojadas de todo su simbolismo, como representantes del poder romano en Italia. Asimismo, era una muestra de la capacidad militar de los longobardos. Hay un pasaje muy curioso, recogido por Pablo el Diácono en su *Historia Langobardorum*, en el que cuenta cómo Ayón, hijo del duque Ariquis de Benevento, fue enviado a la corte de Rotario en Tesino (Pavía), y que a su paso por Rávena los romanos le dieron un brebaje que le hizo perder la razón<sup>18</sup>. Tras esta muestra de la *romana perfidia*, tal vez haya algo más. Aunque el cronista no detalle la fecha del viaje, es muy probable que tuviera lugar en 639-640 –antes de la muerte de Ariquis en torno a 641<sup>19</sup>– y que lo que se produjera fuese un intento por parte del exarca Isaac de atraer al próximo heredero del Benevento a la órbita romana. El objetivo de Rávena pudo haber sido el de contar con un contrapeso frente a Rotario y guardarse la baza de poder alzar a uno de los duques más importantes contra el rey. Tampoco se puede descartar el factor religioso: que también se quisiera hacer de Ayón un partidario del monotelismo.

Ante esta situación de emergencia, una de las cuestiones que quedan por dilucidar es si tuvo algún efecto en el Exarcado de Italia la orden dada por Heraclio tras la batalla de Yarmūk (agosto de 636) a los funcionarios y oficiales de Armenia, Egipto y Mesopotamia de que no se enfrentaran a los sarracenos y permanecieran a la defensiva<sup>20</sup>. Todo apunta a que, al igual que sus homólogos orientales, en Italia los oficiales civiles y militares actuaban rigiéndose por las circunstancias. Con todas las salvedades que se quiera, se podría establecer un paralelismo entre el exarca Isaac en Rávena y el patriarca Ciro en Alejandría<sup>21</sup>, obligados ambos a contener una agresión exterior al tiempo que tienen que hacer frente a las disputas internas.

*Imperial Administration and Aristocratic Power in Byzantine Italy A.D. 554-800*, London 1984, 14-15.

<sup>18</sup> Paul. Diac., *Hist. Lang.*, IV.42.

<sup>19</sup> “Arichis”, *PLRE*, vol. 3A, 115.

<sup>20</sup> Sebeos, cap. 42 [R. W. Thompson (trad.), *The Armenian History attributed to Sebeos*, Liverpool 1999]; Dionisio de Tel-Mahrē, § 68 [“The Secular History of Dionysius of Tel-Mahrē”, en A. Palmer, (trad.), *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*, Liverpool 1993, 85-221]; Nikeph., *Brev.*, 20 [E. Motos Guirao (trad., introd. y notas), *Patriarca Nicéforo. Historia Breve*, Granada (en prensa)]; Bar Hebr., *Chron.*, 95 [E. W. Wallis Budge (trad.), *The Chronography of Gregory Abū'l Faraj, the son of Aaron, the Hebrew Physucuan Commonly Known as Bar Hebraeus being the first part of his Political History of the World*, 2 vols., Piscataway 2003 (1ª ed. London: Oxford University Press 1932)]; Mich. Syr., II, XI.7; J. Soto Chica, *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a las conquistas árabes (565-642)*, Granada 2012, 341; C. Martínez Carrasco, *La disidencia religiosa en el seno del cristianismo oriental y sus implicaciones en la primera expansión del islam (632-661)*, tesis doctoral defendida en la UGR, junio 2017, 265.

<sup>21</sup> C. Martínez Carrasco, “Al-Muqawqas and the Islamic conquest of Egypt. A new proposal of interpretation”, *Graeco-Arabica* 12 (2017) 469-494.

Sin embargo, los recursos económicos con que contaban para tal tarea eran completamente diferentes. Sobra decir que Egipto era mucho más rico que Italia. Mientras que el primero aportaba, en el año 565, 3.000.000 de sólidos, la segunda sólo ingresaba aproximadamente 700.000 a las arcas imperiales<sup>22</sup>. A pesar de esta diferencia, el Exarcado tenía que mantener para el año 559, según los cálculos hechos por varios historiadores partiendo de la información dada por Agatías († ca. 580), a un total de entre 15.000-20.000 soldados<sup>23</sup>, que suponían un coste medio de 50.000 sólidos anuales en concepto de *annona* por cada 10.000 infantes y 45.000 sólidos por cada 5.000 jinetes<sup>24</sup>. Se calcula que un soldado consumía al día entre 1,2 kg. y 700 g. de grano y una unidad de unos 300 hombres necesitaba anualmente en torno a 100.000 kg. de trigo para su mantenimiento<sup>25</sup>. La guarnición de Roma al borde del motín estaría compuesta por 1.200-1.600 soldados<sup>26</sup>, una fuerza nada desdeñable, y que, a la luz de las cifras anteriores, requeriría de unos 400.000-530.000 kilos de trigo al año.

No podemos calcular con exactitud los costes de mantener al ejército y la burocracia imperiales, pero sí nos permiten tener una idea de la presión fiscal que debían soportar quienes vivían en el Exarcado de Italia. No es menos cierto que se trata de cifras de la segunda mitad del siglo VI y que posiblemente el número de soldados se redujera a lo largo del VII. Pero a ello hay que añadirle la situación de crisis generalizada en todo el Imperio, que no haría sino agravar la situación. Y buen ejemplo de ello sería la destrucción de las ciudades de la Liguria, ya mencionada. Asimismo, una parte importante de los ingresos del Exarcado estuvo destinada a pagar un estipendio a los longobardos, que iría desde los 12.000 sólidos, que se comprometió a pagar el exarca Esmaragdo (603-608) al rey Agilulfo (590-616) por el tratado de paz de 605<sup>27</sup>, a los 2-3 *centenarios* de oro que se pagaban en época de los exarcas Gregorio e Isaac<sup>28</sup>. Un incremento que va de las 167 libras de oro de comienzos del siglo hasta las 200-300 libras que se pagaron alrededor de los años 40 del siglo VII.

<sup>22</sup> J. Soto Chica, *Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente*, Granada 2015, 180; J. F. Haldon, *The Empire that would not die. The paradox of Eastern Roman Survival, 640-740*, London 2016, 239-241.

<sup>23</sup> W. Treadgold, *Byzantium and its Army, 284-1081*, Stanford 1995, 63; J. F. Haldon, *Byzantium in the Seventh Century. The transformation of a culture*, Cambridge 1997, 252-253; A. H. Martin Jones, *Late Roman Empire 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey*, 3 vols., Oxford 1964, 685 [en adelante citado A. H. M. Jones, *LRE*]; T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 84.

<sup>24</sup> M. F. Hendy, *Byzantine monetary economy, c. 300-1450*, Cambridge 1995, 166.

<sup>25</sup> J. Haldon, *Empire* (cit. n. 22), 279.

<sup>26</sup> T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 84.

<sup>27</sup> Paul. Diac., *Hist. Lang.*, IV.32.

<sup>28</sup> Fredegar., IV.69.

Sin embargo lo que sucedió en Roma en 639-640 no constituyó ninguna novedad<sup>29</sup>. Heraclio había recurrido a la requisita de bienes eclesiásticos ca. 621-622 con el fin de obtener oro y plata con los que acuñar moneda para sufragar la campaña contra la Persia sasánida<sup>30</sup> y pagar el estipendio a los bárbaros con quienes buscaba aliarse<sup>31</sup>. Se trató de una medida extraordinaria que venía precedida por la suspensión del reparto gratuito de pan a la plebe constantinopolitana tras la conquista persa de Egipto<sup>32</sup>. A pesar de la situación de emergencia por la que atravesaba la Romania, el patriarca Sergio de Constantinopla se mostró reticente a colaborar con el emperador, hasta que éste amenazó con trasladar la capital del Imperio a Cartago. En el caso italiano que nos ocupa, Heraclio también se vio favorecido en tanto que recibió la parte que le correspondía del tesoro incautado<sup>33</sup>; recursos que sin duda fueron empelados en la defensa contra los sarracenos. No obstante, carecemos de noticias acerca de una acción similar en el arzobispado de Rávena. Más bien al contrario, se afirma que durante el episcopado de Mauro (642-671), se enviaban a Constantinopla 15.000 sólidos de oro procedentes de las rentas que la Iglesia de Rávena obtenía de sus tierras en Sicilia, quedándose ella 16.000<sup>34</sup>. Por tanto, más que una cuestión de interés general para el Imperio, se trató de una crisis local por el conato de motín protagonizado por la guarnición romana.

A la luz de las cifras anteriores y el ejemplo citado, las palabras que pronuncia el *chartularios* Mauricio ante los soldados de la milicia romana adquieren todo su sentido:

“¿Qué uso se le ha dado a tanto dinero gastado en el Episcopio de Letrán por el papa Honorio mientras este ejército no tiene sustento? –Mientras ese hombre ha estado desviando la paga que el emperador os enviaba”<sup>35</sup>.

Según se desprende del texto, detrás del asalto al palacio lateranense estuvo la falta de paga; un motín de las tropas al que tuvo que hacer frente Mauricio. Como *chartularios*, era el encargado de las finanzas, y entre sus funciones estaría el reparto de la *annona*

<sup>29</sup> S. Cosentino, “Politica e fiscalità nell’Italia bizantina (secc. VI-VIII), en A. Augenti (ed.), *Le città italiane tra la Tarda Antichità e l’Alto Medioevo. Atti del convegno (Ravenna, 26-28 febbraio 2004)*, Firenze 2006, 37-53: 46-47; P. Booth, *Crisis of Empire. Doctrine and Dissent at the end of Late Antiquity*, London 2014, 263.

<sup>30</sup> Theoph., *Chron.*, AM. 6113, 302-303.

<sup>31</sup> Niceph., *Brev.*, 11.

<sup>32</sup> *Chron. Pasch.*, s.a. 618, 164; Niceph., *Brev.*, 8.

<sup>33</sup> *Lib. Pont.*, 73.4.

<sup>34</sup> Agnellus, *Lib. Pont. Raven.*, 111 [D. Mauskopf Deliyani (trad.), *Agnellus of Ravenna. The Book of Pontiffs of the Church of Ravenna*, Washington 2004]; S. Cosentino, “Politica e fiscalità” (cit. n. 29), 51.

<sup>35</sup> *Lib. Pont.*, 73.1; *Gest. Episc. Neap.*, 26.XXIX.



*militaris*<sup>36</sup>. No sabemos realmente si las tropas acantonadas en Italia recibían en el siglo VII una parte de su paga por medio de la concesión de rentas campesinas y otra parte en metálico, como una donación graciosa del emperador a sus soldados<sup>37</sup>. En el ordenamiento jerárquico, el *chartularios* estaba un escalón por debajo del duque, en este caso de Roma, por lo que es muy probable que en este momento, Mauricio lo estuviera reemplazando por encontrarse vacante, siendo por tanto el hombre del exarca en la ciudad del Tiber<sup>38</sup>. Para los soldados amotinados, él era el único responsable, de ahí que trate de señalar al difunto pontífice como el culpable de que no hubieran recibido ese estipendio enviado expresamente por Heraclio para ellos.

El episcopado de Honorio estuvo marcado por el enorme dispendio hecho en el ornato de varias iglesias romanas. Destacan por ejemplo las 187 libras de plata con las que recubrió el confesionario de San Pedro, las 975 libras de plata que empleó en la puerta central de la misma basílica. O las 252 libras de plata que dedicó a decorar la tumba de Santa Águeda mártir, a la que también ofreció tres patenas de oro de una libra de peso cada una<sup>39</sup>. Todo esto supuso la salida de una cantidad importante de metales preciosos de los circuitos económicos para quedar acumulados en tesoros que aumentaban el prestigio de la Iglesia y el de sus donantes.

Una mano posterior añadiría al texto de la *Vita Honori* en el *Liber Pontificalis* las obras públicas que patrocinó para el aprovechamiento de todos los habitantes de Roma. Destaca el molino que se construyó en el foro de Trajano, junto a la muralla, y el canal que le llevaba el agua desde el lago Sabatino, así como un segundo canal por debajo de éste que cogía agua del Tíber<sup>40</sup>. Esto pone de manifiesto que el modelo urbano clásico

<sup>36</sup> Se trata de un funcionario que aparece adscrito al servicio de otros magistrados, encargado de llevar el registro diario, como sucede cuando ejercen sus funciones en la oficina de los *commentarienses* (“jueces de lo criminal”). Otra de las funciones que desempeñan es la administración de los recursos económicos de la oficina en la que están destinados, véase Ioan. Lydus, *Mag.*, III.17, 20 y 27 [A. C. Bandy (ed. y trad.), *Ioannes Lydus. On Powers or The Magistracies of the Roman State*, Philadelphia 1983]; Ch. Diehl, *Études* (cit. n. 1), 154-155; A. H. M. Jones, *LRE*, 448-450; B. Bavant, “Duché” (cit. n. 1), 67; J. F. Haldon, *Byzantium* (cit. n. 23), 181.

<sup>37</sup> T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 87; S. Cosentino, “Politica e fiscalità” (cit. n. 29), 44; J. Haldon, *Empire* (cit. n. 22), 273.

<sup>38</sup> Ch. Diehl, *Études* (cit. n. 1), 26-27; A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), vol. 3, 77. Charles Diehl atribuye a Mauricio el mando de las tropas romanas, confundiéndolo con el *magister militum* del mismo nombre que en 639 construyó la iglesia de Santa María Madre de Dios, en Torcello (Venecia), como lo atestigua la inscripción que grabó. Véase “Mauricius 9”, *PLRE*, vol. 3B, 862; “Mauricius 6”, *PIBiz*, vol. 2, 356 [S. Cosentino, *Prosopografia dell'Italia Bizantina*, 2 vols., Bologna 1996-2000].

<sup>39</sup> *Lib. Pont.*, 72.1-3.

<sup>40</sup> *Lib. Pont.* 72.5

había entrado si no en crisis, sí en una profunda transformación a lo largo de la primera mitad del siglo VII. La construcción de un molino en pleno centro de la ciudad, en uno de los lugares emblemáticos del poder en la Roma clásica, indicaría la apertura de amplios espacios por pérdida de población, que se estima entre 25.000-30.000 habitantes en este período<sup>41</sup>, y que las actividades económicas de sus habitantes estaban cambiando. Es de suponer también que el papado obtendría algún tipo de beneficio económico por su uso. Fue un proceso de cambio en los usos urbanos que se vivió en otras ciudades italianas como Luni –el principal puerto de la Toscana–, en la que, según el registro arqueológico, entre finales del siglo VI e inicios del VII se abandonó el foro y aparecieron construcciones de madera, antes de ser conquistada por Rotario *ca.* 642<sup>42</sup>. A pesar del cambio, en Roma aún pervivía una elite, en este caso eclesiástica, capaz de afrontar no sólo los gastos de construcción sino, y esto es lo fundamental, también los de mantenimiento de las infraestructuras.

El biógrafo de Severino se queja del expolio de un tesoro que se había nutrido de las donaciones que varios emperadores cristianos, patricios y cónsules habían hecho a San Pedro para la salvación de sus almas. Pero incide en que no se trata de una riqueza meramente ornamental, sino que servía para dar limosna a los pobres en época de escasez y la redención de cautivos<sup>43</sup>. Pone el acento en cómo la Iglesia de Roma y el papa han sustituido al Imperio y al emperador, a sus funcionarios, incapaces de asegurar el bienestar y la salvación de sus súbditos. Para el autor de la *Vita Severini*, la acción del *chartularios* Mauricio, con la aquiescencia de Isaac, es una muestra más de la *romana perfidia*, de la *superbia*, el orgullo desmedido, con la que se comportan los romanos orientales. Los tres días que los soldados ocuparon en el palacio de Letrán, a la espera del exarca, o los ocho días que duró el saqueo del tesoro después de que éste entrara en Roma<sup>44</sup> tuvieron que ser vividos como una humillación por los clérigos y un sector de los habitantes de la ciudad poco proclive al gobierno de Constantinopla. La situación en las calles debía ser compleja, obligando a Isaac a permanecer en la antigua capital del Imperio hasta la consagración de Severino<sup>45</sup>.

Aunque quieren presentarlo todo como una acción arbitraria de Mauricio, guiada por su odio a la Iglesia, no se oculta la participación de los *iudices* romanos en todo el proceso: fueron ellos los encargados de sellar el vestíbulo de la basílica y los vasos sa-

<sup>41</sup> B. Bavant, “Cadre de vie et habitat urbain en Italie central Byzantine (VIe-VIIIe siècle)”, *Mélanges de l’Ecole Française de Rome. Moyen-Âge* 101.2 (1989), 465-532: 476.

<sup>42</sup> T. S. Brown, *Gentlemen*, 40; E. Zanini, *Italie byzantine*, 163-165.

<sup>43</sup> *Lib. Pont.*, 73.3; *Gest. Episc. Neap.*, 26.XXIX.

<sup>44</sup> *Lib. Pont.*, 73.2 y 4; *Gest. Episc. Neap.*, 26.XXIX.

<sup>45</sup> *Lib. Pont.*, 73.5; *Gest. Episc. Neap.*, 26.XXIX.

grados<sup>46</sup>. El término *iudex* cambia su significado a lo largo del siglo VII. Con este título se hacía referencia a un oficial en su sentido más amplio o realmente a un juez. Desde el reinado de Justiniano, la universidad de Roma fue el principal centro para el estudio del Derecho en el Occidente mediterráneo, mientras que en el Oriente lo eran Beirut y Constantinopla<sup>47</sup>. En provincias los *iudices* no solían ser profesionales de la judicatura, sino que se reclutaban entre las filas de la aristocracia terrateniente<sup>48</sup>. Asimismo, podemos pensar que se trata de los miembros de un senado que, despojado de sus atribuciones legislativas, había quedado convertido en un alto tribunal, como sucedía en otras ciudades importantes de Oriente<sup>49</sup>. No en vano, en torno a mediados del siglo VII, el término pasó a englobar a todos los miembros de los estamentos superiores de la sociedad. De hecho, las ciudades en que los *iudices* desempeñaban funciones de gobernadores civiles coinciden con la pervivencia de una aristocracia senatorial fuerte<sup>50</sup>.

El Senado romano se da por extinguido hacia finales del siglo VI, en tanto que deja de ser mencionado como tal en las fuentes, desapareciendo de las ceremonias pontificias, como la elección de un nuevo papa. El declive de esta institución romana es perceptible desde el episcopado de Pedro III el Viejo en Rávena (570-578), época en la cual “poco a poco el Senado romano fracasó, y después los romanos se alzaron con la libertad”<sup>51</sup>. Un fiasco que acabó materializándose durante el pontificado de Gregorio Magno (590-604), cuando éste inquiría en las *Homilias de las profecías de Ezequiel*:

“¿Dónde está ya el Senado? ¿Dónde ya el pueblo? Quedaron quebrantados los huesos, se han consumido las carnes, toda clase de dignidades seculares se ha extinguido en ella. [...] como falta el Senado, el pueblo perece, y, no obstante, en los pocos que restan se multiplican a diario los dolores y los gemidos; Roma, ya vacía, arde”<sup>52</sup>.

Pero la desaparición de la institución no es motivo para que se extinguiera su prestigio y las tradiciones relacionadas con el Senado<sup>53</sup>. De hecho, el último senador romano

<sup>46</sup> *Lib. Pont.*, 73.3; *Gest. Episc. Neap.*, 26.XXIX.

<sup>47</sup> A. H. M. Jones, *LRE*, 999.

<sup>48</sup> Ch. Diehl, *Études* (cit. n. 1), 133-135; B. Bavant, “Duché” (cit. n. 1), 44; A. H. M. Jones, *LRE*, 500-501; T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 12-13; J. F. Haldon, *Byzantium* (cit. n. 23), 271.

<sup>49</sup> D. Liebs, “Roman Law”, en A. Cameron – B. Ward-Perkins – M. Whitby (eds.), *The Cambridge Ancient History*, vol. 14, *Late Antiquity: Empire and Successors, A.D. 425-600*, Cambridge 2000, 238-259: 241.

<sup>50</sup> T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 12-13.

<sup>51</sup> Agnellus, *Lib. Pont. Raven.*, 95.

<sup>52</sup> Greg., *Hom. Ez.*, II, 6.22 [P. Gallardo (trad.), *Obras de San Gregorio Magno. Regla pastoral. Homilias sobre la profecía de Ezequiel. Cuatro homilias sobre los Evangelios*, Madrid 1958].

<sup>53</sup> Ch. Diehl, *Études* (cit. n. 1), 124-126; T. S. Brown (cit. n. 17), *Gentlemen*, 22-24.

conocido fue Avieno, padre del papa Severino, perteneciente a una importante familia senatorial romana<sup>54</sup>. A este mismo estamento pertenecería Petronio, originario de la Campania y padre del papa Honorio, quien desempeñó el cargo de cónsul entre finales del siglo VI e inicios del VII<sup>55</sup>. Esto es lo que me lleva a suscribir la afirmación de T. S. Brown acerca de hacer una distinción entre la aristocracia senatorial como grupo social y el Senado como institución<sup>56</sup>.

El apoyo prestado al *chartularios* es la prueba de un conflicto dentro de la propia Roma entre los dos poderes, el terrenal y el religioso, en un período en el cual muchas ciudades habían quedado bajo la autoridad de su obispo. El caso más significativo es Alejandría, en la que Ciro aunaba las funciones del patriarca y del *augustal*, provocando el malestar de la oligarquía tradicional, desplazada en el ejercicio del poder<sup>57</sup>. A la postre, no sería más que una lucha entre dos facciones del *ordo* senatorial superviviente; una pugna entre aquellos que habían optado por el servicio eclesiástico adaptándose al signo de los nuevos tiempos contra quienes seguían empeñados en mantener sus funciones civiles tradicionales.

Con la incautación del tesoro pontificio, se busca reducir de algún modo el poder de la Iglesia, no sólo ante la imposición del monotelismo, sino también buscando disminuir su poder político y económico y la capacidad de incidir en la vida cotidiana de la ciudad. En ese sentido podría entenderse la orden dada por el exarca Isaac de mandar a “todos los dignatarios de la Iglesia al exilio, cada uno a una ciudad diferente”<sup>58</sup>, evitando la presencia de posibles opositores. Obviamente, esto no se podría haber llevado a cabo con un pontífice sentado en el solio de Pedro, ya que hubiera sido capaz de aglutinar a los descontentos con el dominio de Rávena, razón por la cual aprovecharon el vacío de poder existente en el patriarcado. Los apologetas del papado que le adjudicaron a Isaac el papel de villano corren un conveniente velo de silencio sobre la actuación del exarca para rebajar las tensiones generadas entre el papa Honorio y Constantinopla por las cuestión del Ilírico<sup>59</sup>.

## 2. El levantamiento del Ducado de Roma

El tándem formado por el *chartularios* Mauricio y el exarca Isaac protagonizó su último acto durante el pontificado de Teodoro (642-649), al sublevarse el funcionario romano

<sup>54</sup> *Lib. Pont.*, 73.1.

<sup>55</sup> *Lib. Pont.*, 72.1.

<sup>56</sup> T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 21.

<sup>57</sup> J. Soto Chica, *Bizancio* (cit. n. 20), 343-344; C. Martínez Carrasco, *Disidencia* (cit. n. 20), 324.

<sup>58</sup> *Lib. Pont.*, 73.4.

<sup>59</sup> T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 3.

contra Rávena. Según lo fechó Andreas N. Stratos, el motín se produjo entre finales de 641 y comienzos de 642<sup>60</sup>, a caballo entre el pontificado de Juan IV, muerto en octubre de 642, y el de Teodoro, que se inició a finales de noviembre de 642, tras un interregno breve si lo comparamos con el anterior<sup>61</sup>. Lo más probable es que tuviera lugar en 642-643, como se colige del texto de la *Vita Theodori* y el de los *Gesta* de los obispos de Nápoles, que además dan una clave para interpretar el alzamiento: la acusación de Mauricio contra Isaac de querer usurpar el título de emperador<sup>62</sup>, aunque en recientes estudios se haya apuntado a la cuestión religiosa: la actitud hostil del papa hacia Constantinopla habría sido el detonante del levantamiento<sup>63</sup>.

Lo que vendría a poner encima de la mesa la sublevación es que la crisis desencadenada en el Imperio en febrero de 641, tras la muerte de Heraclio, distaba mucho de estar completamente zanjada. En Oriente, el *magister militum per Orientem* Valentino se sublevó en junio de 641 contra Heracleonas y la regente Martina, instigando una rebelión en Constantinopla al difundir el bulo de que Constantino III había sido envenenado por su madrastra Martina en mayo de ese año. Hubo un conato de guerra civil cuando el ejército de Oriente se presentó en Calcedonia, frente a una Constantinopla que el emperador y su madre lograron salvar gracias al ejército de Tracia, al que habían pagado para asegurarse su lealtad. Heracleonas salvó la situación reconociendo a Constante II –un niño de unos 10-11 años– como co-emperador y acusando a Valentino de descuidar la guerra contra los árabes y de querer hacerse con el poder con la excusa de ayudar a los hijos del difunto Constantino. Finalmente, los tres –Heracleonas, Martina y Valentino– fueron castigados por el Senado a finales de noviembre de 641<sup>64</sup>.

¿Se temía en el Exarcado de Italia un movimiento similar al de Valentino por parte de Isaac? En este sentido, sólo podemos hacer especulaciones. Ya señaló Ch. Diehl que Italia, por su lejanía de Constantinopla y los amplios poderes concedidos a los exarcas, era propicia para las insurrecciones<sup>65</sup>. En este caso, las fuentes de las que disponemos no permiten pronunciarnos en un sentido u otro. La situación política

<sup>60</sup> A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), vol. 3, 79.

<sup>61</sup> *Lib. Pont.*, 74-75.1.

<sup>62</sup> *Lib. Pont.*, 75.1; *Gest. Episc. Neap.*, 27.XXX.

<sup>63</sup> J.-M. Sansterre, *Les moines grecs et orientaux à Rome aux époques byzantine et carolingienne (milieu du VI<sup>e</sup> siècle-fin du IX<sup>e</sup> siècle)*, 2 vols., Bruxelles 1983, vol. 1, 116-117; P. Booth, *Crisis* (cit. n. 29), 300, n. 99.

<sup>64</sup> E. Motos Guirao, “Crisis institucional y política de destierros. El año 641 en Bizancio”, en M. Vallejo Girvés – J. A. Bueno Delgado – C. Sánchez-Moreno (eds.), *Movilidad forzada entre la Antigüedad Clásica y Tardía*, Alcalá de Henares 2015, 197-230: 223-226.

<sup>65</sup> Ch. Diehl, *Études* (cit. n. 1), 339.



que se vivía en la cuenca mediterránea en 641-643 quizás no responda por sí sola a la cuestión que planteamos, pero puede ayudar para contextualizar esos años y sacar algunas conclusiones al respecto. Por un lado, el Oriente se vio convulsionado por la conquista de Alejandría en 642 por los árabes de ‘Amr ibn al-’Aṣ, un duro golpe para el Imperio, que perdió así el que había sido tradicionalmente su granero<sup>66</sup>. Y aún en 643 habría un segundo intento por parte de Valentino de hacerse con el poder, que acabó con su muerte<sup>67</sup>. En la parte occidental el panorama no parecía mucho más tranquilo. En torno a 641-642, un gran número de navíos eslavos atracó junto a la ciudad costera de Siponto en el ducado de Benevento. El duque Ayón murió en el primer choque contra los eslavos, por lo que fue Radoaldo, su hermano y sucesor, quien venció a los invasores<sup>68</sup>. Lo llamativo de este caso es que la ciudad de Siponto no estuvo bajo el control de los longobardos al menos hasta mediados del siglo VII. Se trataba, efectivamente, de un enclave romano<sup>69</sup>, por lo que la ayuda de Ayón se produjo como cumplimiento del pacto con Rávena al que hemos hecho referencia anteriormente. Asimismo, el rey longobardo Rotario continuaba siendo la principal amenaza para la supervivencia del Exarcado, como también hemos señalado.

En unas circunstancias similares se produjo el levantamiento del exarca Eleuterio en 619 en Rávena, año en el que la situación militar del Imperio estaba al borde del colapso como consecuencia de las derrotas sufridas frente a los ejércitos persas en Oriente Medio y Egipto<sup>70</sup>. Su envío a Italia obedece a la necesidad de pacificar el Exarcado. En la *Vita Deusdediti* se cuenta cómo el “patricio y *cubicularios*” Eleuterio, un eunuco, acudió a Rávena en 615 para castigar a los responsables del asesinato del anterior exarca, Juan, y de los “jueces de la república”<sup>71</sup>, seguido de una rebelión militar cuyo hito más destacado fue la toma de Nápoles por el rebelde Juan de Conza en 616-618, que acabó con su derrota y muerte<sup>72</sup>. El motivo que impulsó el levantamiento de las tropas parece haber sido la falta de paga, ya que en el *Liber Pontificalis* se menciona

<sup>66</sup> J. Soto Chica – E. Motos Guirao, “Guerra, sociedad, economía y cultura en la Alejandría y en el Egipto disputados por bizantinos, persas y árabes (602-642)”, en L. A. García Moreno – M<sup>a</sup>. J. Viguera Molins (eds.), *Del Nilo al Ebro. Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica*, Alcalá de Henares 2008, 11-51; J. Soto Chica, *Bizancio* (cit. n. 20), 345-346; C. Martínez Carrasco, *Disidencia* (cit. n. 20), 351-370.

<sup>67</sup> Theoph., *Chron.*, AM 6136, 343.

<sup>68</sup> Paul. Diac., *Hist. Lang.*, IV.44.

<sup>69</sup> Sobre la base de lo expuesto, podemos rechazar la tesis de que el ataque eslavo se produjo con posterioridad a 650: E. Zanini, *Italie bizantine* (cit. n. 1), 280 n. 221.

<sup>70</sup> J. Soto Chica, *Bizancio* (cit. n. 22), 177.

<sup>71</sup> *Lib. Pont.*, 70.2.

<sup>72</sup> *Lib. Pont.*, 70.2; Paul. Diac., *Hist. Lang.*, IV.34.

cómo a su regreso a Rávena, Eleuterio “dio a los soldados su estipendio y se hizo la paz en toda Italia”<sup>73</sup>. Tras su victoria sobre los rebeldes, en 619 el exarca se proclamó emperador y cuando se dirigía a Roma, buscando el apoyo del recién nombrado papa Bonifacio, fue ejecutado por los soldados de Rávena en el *castro* de Lucioli y su cabeza enviada a Constantinopla<sup>74</sup>.

Con todos los esfuerzos concentrados en Oriente, donde se jugaba la supervivencia de la Romania, era fácil que las tropas acantonadas en Occidente se sublevaran. En el caso de Isaac lo facilitaría el hecho de desempeñar el cargo de exarca desde el año 625. Una larga permanencia, en contra de la norma habitual, marcada por el contexto general de emergencia, que le habría permitido tejer una amplia red clientelar y que las tropas y los funcionarios bajo su mando se identificaran más con él que con el emperador. Esto vendría a suplir las simpatías pontificias de las que había gozado Eleuterio. Otra cuestión no menos importante es la postura adoptada por Isaac ante las noticias de la deposición de Heracleonas y Martina y la entronización de Constante II. Siempre moviéndonos en el marco de las suposiciones, no sería descabellado pensar que ese intento de sublevación en Rávena, y que desvelaría Mauricio, viniera marcado por la crisis dinástica; que desde Rávena se considerara a Constante como un emperador ilegítimo, contra el que era lícito rebelarse. Esta teoría la confirmaría la inscripción que grabó Susana, esposa de Isaac, en su sarcófago, conservado en la capilla del *Sancta Sanctorum* de San Vital de Rávena, que según Salvatore Cosentino, es un ejercicio de ambigüedad. Los títulos que utiliza –στρατηγέω, ἄρχω y φυλάττω, pero no el de ἔξαρχος– están relacionados con sus funciones militares, sin relación con la jerarquía de oficios ejercidos por delegación imperial. En la inscripción, se pone a Isaac al mismo nivel que el emperador, como custodio de Roma y el Occidente<sup>75</sup>, con toda la carga simbólica que ello tiene, lo que apunta a que el posible levantamiento pretendiera hacer efectivo un poder que el exarca armenio ejercía sobre Italia, como colega del emperador-niño Constante II y no como su subordinado. Así pues, Isaac habría dejado de ser ese buen soldado que sirve lealmente a su emperador frente al usurpador Mauricio, tal como lo presenta la historiografía tradicional<sup>76</sup>.

Sin embargo, no fue Rávena sino Roma la que, encabezada por el *chartularios* Mauricio, se levantó, y no contra el emperador –en las fuentes de las que disponemos no se menciona en ningún momento que usurpara el título–, sino contra el exarca. Todo

<sup>73</sup> *Lib. Pont.*, 70.2.

<sup>74</sup> *Lib. Pont.*, 71.2; Paul. Diac., *Hist. Lang.*, IV.34.

<sup>75</sup> S. Cosentino, “L’iscrizione ravennate dell’esarco Isacio e le guerre di Rotari”, en *Atti e Memorie della Deputazione di Storia Patria per le Antiche Province Modenesi* 11 (1993) 23-43: 23-26.

<sup>76</sup> F. Gregorovius, *History of the city of Rome in the Middle Ages*, vol. 2, 568-800, London 1902, 141, n. 1; A. J. Ekonomou, *Byzantine Rome* (cit. n. 14), 114.

apunta a que se trataría de un golpe de mano contra Isaac en el que algunos quisieron ver un levantamiento de carácter nacional, movido por la dureza con la que el exarca había tratado a la población romana<sup>77</sup>. Resulta difícil pronunciarse acerca de esa motivación, ya que desconocemos las proclamas de los sublevados o cuáles eran sus motivaciones. No obstante, hay que poner en cuarentena la idea de un levantamiento anti-bizantino movido por una identidad italiana. En la Romania, la identidad no la marcaba el origen étnico, sino que venía dada por la religión –de ahí que ser romano fuera lo mismo que ser cristiano–, una cultura compartida y el reconocimiento de la autoridad del emperador<sup>78</sup>.

La idea de ver este hecho como una lucha de liberación está estrechamente ligada al prejuicio de estudiar la Italia bizantina como si de una colonia de Constantinopla se tratara y no como una provincia más de un Imperio mediterráneo. De todos los exarcas, ninguno de ellos tuvo una base local sobre la que sustentar su poder, lo que equivale a decir que no poseían tierras en Italia. La excepción fue Teodoro Calliopas, cuyo padre, Apolinar, era un terrateniente de la zona de Rímmini<sup>79</sup>. Lo que sí observamos en los documentos es la existencia de un buen número de terratenientes griegos, la mayoría de ellos militares, que conservaban lazos con las provincias orientales y muchos de los cuales donaron tierras a la Iglesia como un medio de hacer patente su estatus social, siguiendo los usos habituales de la época<sup>80</sup>. Este estamento de origen oriental habría contraído matrimonio con mujeres de familias terratenientes italianas, facilitando de este modo su latinización. Asimismo, una buena parte del ejército y la administración del Exarcado era reclutada entre las poblaciones locales, mientras que otra parte era de origen greco-oriental o bárbaro, estos últimos con una fuerte impronta latina. El elemento cultural griego tuvo escaso impacto

<sup>77</sup> F. Gregorovius, *History* (cit. n. 76), 140; Ch. Diehl, *Études* (cit. n. 1), 341; A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), vol. 3, 79.

<sup>78</sup> I. Stouriat, “Roman identity in Byzantium: a critical approach”, *BZ* 107.1 (2014) 175-220.

<sup>79</sup> En un papiro datado *ca.* 642, Apolinar quiere legar su contrato de *enfiteusis* a su hijo Teodoro Calliopas, que está desempeñando el cargo de prefecto probablemente en Rávena, casado con Ana, matrimonio del que habrían nacido algunos hijos. La familia de Apolinar y Teodoro sería la arrendataria de la Iglesia, si bien desconocemos la extensión de tierras que tenía en concesión. Esta situación no era extraña, ya que fue una práctica habitual por parte del patriarcado de Roma y del arzobispado de Rávena ceder tierras a aristócratas en *enfiteusis*, con el fin de obtener su apoyo. Tampoco serían las únicas tierras que poseyera esta familia. A cambio de esta cesión, debían pagar cada año “*septinos aureos infiguratos*”, es decir, siete sólidos de oro acuñados con la efigie del emperador bizantino reinante. Esto sugiere la posibilidad de que en el Exarcado circularan otras monedas de oro, provenientes del reino longobardo, cuyo valor no sería tan estable como el sólido, de ahí que se tenga que especificar en el documento. Véase G. Marini, *I papiri diplomatici raccolti ed illustrati*, Roma 1805, 132.3; Ch. Wickham, *Early Medieval Italia. Central Power and Local Society, 400-1000*, London 1981, 141; T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 51.

<sup>80</sup> T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 61-62.

en Italia, que en el siglo VII seguía siendo predominantemente de cultura latina<sup>81</sup>. Sobre esta base, se hace mucho más difícil siquiera sugerir la posibilidad de que se tratara de una revuelta empujada por una insostenible colonización desde Constantinopla.

Mauricio, tal y como hemos señalado, fue el principal promotor del saqueo de la basílica lateranense dos o tres años antes del levantamiento, además de ser el hombre de Isaac en Roma, por lo que los odios de la oligarquía urbana se repartirían entre ambos. Asimismo, en la antigua capital del Imperio se había asentado una importante colonia de refugiados griegos, con peso suficiente como para hacer elegir papa a uno de los suyos, Teodoro, oriundo de Palestina y de cultura griega, tras un mes y trece días de deliberaciones<sup>82</sup>. Este grupo de exiliados habría unido sus fuerzas a los orientales ya asentados en el Exarcado, marcando claramente el rumbo de la política religiosa, abiertamente contraria al monotelismo.

La geografía del levantamiento se circunscribe al Ducado de Roma, que aún no ha llegado al grado de autonomía del que gozará a partir del siglo VIII, cuando nombró a sus duques sin la aprobación del exarca, cuya autoridad había quedado circunscrita a la capital<sup>83</sup>. Mauricio envió mensajeros para recabar el apoyo de los *castra* dependientes de Roma, para que se le unieran contra el exarca Isaac<sup>84</sup>. Gracias a una fuente casi contemporánea, la *Descriptio Orbis Romani* de Jorge de Chipre, podemos tener una idea de los enclaves que se sumaron al levantamiento de Mauricio. En la lista se citan once de estos castra, si bien es una lista problemática: Κεντουκέλλε (Civitavecchia), Εὐβορίας (¿Éboli?), Ἀμάλφης (Amalfi), Γεττέων (Gaeta), Τιβερίας (Tívoli), Νέπης (Nepi), Μούλιον, Κάμψας (Val di Taro)<sup>85</sup>, Σωρεῶν (Sora sur le Garigliano), Σούσας (Sessa Aurunca) y Ἀνάγνια (Anagni)<sup>86</sup>. A pesar de las interpolaciones posteriores, más que errores de Jorge de Chi-

<sup>81</sup> T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 69 y 77; Ch. Wickham, *Early Medieval Italy* (cit. n. 79), 76.

<sup>82</sup> “Nacido en Grecia, hijo de Teodoro, un obispo de Jerusalén”, *Lib. Pont.*, 75.1; J.-M. Sauter, *Les moines grecs et orientaux à Rome aux époques byzantine et carolingienne (milieu du VI<sup>e</sup> siècle-fin du IX<sup>e</sup> siècle)*, 2 vols., Bruxelles 1983, vol. 1, 20-21; J. Richards, *Popes* (cit. n. 8), 184; J. Herrin, *Formation* (cit. n. 8), 252; J. Meyendorff, *Imperial Unity* (cit. n. 10), 364; A. J. Ekonomou, *Byzantine Rome* (cit. n. 14), 97; J. Haldon, *Empire* (cit. n. 22), 205.

<sup>83</sup> Agnellus, *Lib. Pont. Raven.*, 152; T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 51.

<sup>84</sup> *Lib. Pont.*, 75.1; *Gest. Episc. Neap.*, 27.XXX.

<sup>85</sup> Para esta identificación frente a la tradicional, que señalaba a Conza en la zona de Nápoles, véase E. Zanini, *Italie byzantine* (cit. n. 1), 253 n. 127.

<sup>86</sup> Georg. Cypr., *Descrip.*, 51-52 [E. Honigmann (ed.), *Le Synekdomos d'Hiéroklos et l'Opuscule Géographique de Georges de Chypre*, Bruxelles 1939]. La obra está fechada ca. 630, véase L. A. García Moreno, “Bizantinos, ceutíes y la invasión islámica del 711”, en L. A. García Moreno – E. Sánchez Medina (eds.) – L. Fernández Fonfría (coord.), *Del Nilo al Guadalquivir. II Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica. Homenaje al profesor Yves Modéran*, Madrid 2013, 27-68: 31-32, n. 8. Por esa razón, aparecen bajo dominio romano lugares que, como Sora o Anagni,

pre, como la inclusión de Amalfi (al sur de Nápoles) o Εὐβοίας (en la Liguria)<sup>87</sup>, se perfila una red de fortificaciones construida en época justiniana para albergar a los contingentes militares que debían garantizar la seguridad de Roma frente a eventuales enemigos y el control de las principales vías de comunicación, como la vía Apia o la Amerina. La invasión longobarda aceleró el proceso de construcción de fortalezas y la transformación en *castra* de algunas ciudades episcopales. Cabe la posibilidad de que muchos de estos enclaves fueran erigidos por iniciativa privada, auspiciados por las elites municipales, pero sin llegar al significado que tendría más adelante el *incastellamento*. La extensión de esta red de fortalezas tendría como objetivo reforzar el poder de los gobernadores, dotándolos de mayor capacidad de movilización y control de la población<sup>88</sup>.

La de Mauricio fue una rebelión militar, apoyada por la aristocracia senatorial de los *iudices*, y ese carácter es lo que la hizo tan peligrosa. La reacción de Isaac se produjo al saber que el ejército de Italia había prestado el *sacramentum*, juramento de fidelidad militar, a Mauricio<sup>89</sup>. No tenemos pruebas de ello, más allá del término que se usa, pero entraría dentro de lo plausible el que el *chartularios* hubiera tratado de resucitar el consulado romano; que de algún modo hubiera pretendido resucitar la institución republicana: el *sacramentum* era el juramento que se prestaba a los cónsules. Los últimos que adoptaron este título, que desde 541 sólo ostentaba el emperador, fueron los dos Heraclios, nombrados por el Senado de Cartago en torno al año 608. Emplearon conscientemente un arcaísmo como medio de legitimar su poder sobre África y el ejército y preparar el asalto al poder imperial que, ilegalmente, ostentaba Focas (602-610)<sup>90</sup>. En el Bajo Imperio romano, el gobernador de una provincia era un *consularis*, alguien que había ostentado el cargo de cónsul, título que lo ponía por encima de sus otros colegas<sup>91</sup>. Se trataba de un anacronismo, pero un anacronismo útil. En un sistema ideológico en el que los modelos de la Antigüedad seguían muy presentes, trazar una línea de continuidad tenía una fuerte carga simbólica. De ser cierta esta hipótesis, con su nombramiento

fueron conquistados por el duque longobardo del Benevento *ca.* 702 (véase E. Zanini, *Italie bizantine* [cit. n. 1], 270-271). Por su parte, Gaeta fue el enclave más meridional del ducado romano, antes de convertirse, a partir del siglo VIII, en uno de los principales puertos [E. Zanini, *Italie bizantine* [cit. n. 1], 162-164 y 271].

<sup>87</sup> La identificación de Εὐβοίας con Éboli es una de las más problemáticas que ofrece la obra de Jorge de Chipre, Véase E. Zanini, *Italie bizantine* (cit. n. 1), 240.

<sup>88</sup> T. S. Brown, *Gentlemen* (cit. n. 17), 43-45; B. Bavant, “Duché” (cit. n. 1), 62; E. Zanini, *Italie bizantine* (cit. n. 1), 214; Ch. Wickham, *Early Medieval Italy* (cit. n. 79), 164-167.

<sup>89</sup> *Lib. Pont.*, 75.2; *Gest. Episc. Neap.*, 27.XXX.

<sup>90</sup> W. E. Kaegi, *Heraclius, Emperor of Byzantium*, Cambridge 2007, 42; J. Soto Chica, *Bizancio* (cit. n. 22), 134.

<sup>91</sup> A. H. M. Jones, *LRE*, 379.



Mauricio no buscaría ser un emperador en Occidente, sino reclamar para sí el gobierno de la provincia y el mando del ejército en sustitución de Isaac, con el apoyo de los jueces de Roma, es decir del Senado, con lo que se recubría de toda la legitimidad que le daba apelar a la tradición política romana.

El encargado de sofocar la revuelta fue Dono, *sacellarios* y *magister militum*<sup>92</sup>, posiblemente el sucesor del *magister militum* Mauricio en el mando del ducado de Venecia-Istria. Dada la militarización de la administración en el Exarcado de Rávena, no es raro que desempeñara, además del mando de las tropas, tareas administrativas y financieras. Por su título de *sacellarios*, el *chartularios* Mauricio estaba bajo su autoridad. No tenemos noticias de ninguna gran batalla entre el ejército de Dono y los rebeldes, pero se puede especular con una serie de escaramuzas que obligaron a los sublevados a retirarse, buscando la seguridad de Roma, pues la *Vita Theodori* afirma que Mauricio entró en la ciudad huyendo<sup>93</sup>. Todo parece indicar que la situación en la antigua capital del Imperio colapsa y cunde el miedo ante la proximidad de las tropas enviadas desde Rávena. No sabemos con exactitud el número de hombres que mandaba Dono, pero podemos imaginar que irían preparadas, en primer lugar para neutralizar la amenaza que suponían los *castra* que rodeaban Roma y segundo, para someter a asedio la ciudad en caso de ser necesario.

El temor a las consecuencias que acarrearía el mantenimiento de la sublevación hizo que la unidad en torno a la figura de Mauricio quedase rota<sup>94</sup>. En este contexto aparecen de nuevo los *iudices*, los jueces de Roma, perfilándose como un consejo de hombres notables que antepone el bienestar de la ciudad y que son capaces de actuar asumiendo las funciones del gobernador. Según la hipótesis que planteo en el presente trabajo, esta sería una prueba de que el Senado romano seguía vigente, aunque sus funciones estuvieran muy diluidas. Fueron ellos, los jueces –los senadores– junto con la milicia romana, los que recondujeron la situación, rompiendo el juramento prestado al *chartularios*, para restaurar la legalidad representada por el *magister militum* Dono. Por tanto, se sigue reconociendo como legítimo el poder de Constantinopla y el de Rávena. De lo contrario, tal vez los rebeldes del Lacio se hubieran preparado para hacer frente a un ejército que, si creemos la teoría de la revuelta nacional, sería visto como invasor. Esto pondría sobre la mesa que las razones del levantamiento del Ducado de Roma tuvieron más que ver con el contexto político que con el hartazgo de una supuesta “dominación extranjera”.

<sup>92</sup> *Lib. Pont.*, 75.2; *Gest. Episc. Neap.*, 27.XXX; “Donus 4”, *PIBiz*, vol. 1, 381.

<sup>93</sup> *Lib. Pont.*, 75.2; *Gest. Episc. Neap.*, 27.XXX.

<sup>94</sup> *Lib. Pont.*, 75.2; *Gest. Episc. Neap.*, 27.XXX.

La detención del ¿cónsul?/*chartularios* Mauricio junto con algunos de sus partidarios en la basílica de Santa María *ad praesepe*/Santa María la Mayor<sup>95</sup>, presenta algunas particularidades. La primera de ellas es el hecho de buscar refugio en la basílica, acogiéndose a sagrado (*ecclesiastica refugia*). Esto indicaría que la situación en el interior de Roma no le era muy favorable; que los jueces que antes lo habían sostenido y una parte de la población no estaban dispuestos a seguir haciéndolo. Las calles de la ciudad pudieron ser el escenario de una lucha interna entre partidarios y detractores de Mauricio, entre los jueces/senadores y el *chartularios*/cónsul, siendo derrotado este último. Quizás la elección de Santa María *ad praesepe* no fuera casual, ya que se trataba del lugar en el que se guardaron las reliquias sacadas de la basílica de la Natividad de Belén para salvarlas de los sarracenos que la conquistaron *ca.* 634<sup>96</sup>. Era un lugar de cierto simbolismo, pero sobre todo ligado a la diáspora oriental. Esto nos lleva a plantearnos la postura del papa Teodoro y la de los emigrados ante la rebelión de Mauricio y, sobre todo, a la cuestión del porqué de dicho levantamiento contra Rávena. De nuevo sobrevuela la oposición al monotelismo como una de las causas que alentaron el golpe de mano del *chartularios*, que pudo haber sido instrumentalizado por unos clérigos que habían hecho de la oposición a la *Ekthesis* su bandera, uniéndose al partido ortodoxo en Roma<sup>97</sup>.

Otra cuestión que podemos plantear al hilo de lo anterior es la irrupción en sagrado, si violaron el estatus especial que tenía la basílica para los fugitivos que se acogían a ella. Ni el *Liber Pontificalis* ni los *Gesta* dan muchos detalles al respecto: “Los sacaron de la iglesia y les pusieron una soga en el cuello”<sup>98</sup>. A pesar de que se reconocía el derecho de asilo en las iglesias, recogido en la legislación desde los siglos IV-V, esto no era garantía de su cumplimiento por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas, por lo que no resultaba extraño que hombres armados entraran en los templos y arrancaran a los prisioneros, literalmente, del altar<sup>99</sup>. El responsable en este caso es colectivo, no se señala a nadie en concreto. Es de suponer que la multitud –¿los soldados?–, entraron en la basílica de Santa María para sacar a Mauricio quizás en medio de lo que podríamos entender como un motín popular.

El levantamiento y el posible consulado de Mauricio acabó con una cuerda de presos conducida hasta Rávena por el *scribo* Marino y el *chartularios* Tomatios<sup>100</sup>. Es

<sup>95</sup> *Lib. Pont.*, 75.2; *Gest. Episc. Neap.*, 27.XXX.

<sup>96</sup> Ch. Diehl, *Études* (cit. n. 1), 262.

<sup>97</sup> C. Martínez Carrasco, *Disidencia* (cit. n. 20), 175-177.

<sup>98</sup> *Lib. Pont.*, 75.2.

<sup>99</sup> M. Vallejo Girvés, “*Ad Ecclesiam confugere*, tonsuras y exilios en la familia de León y Verina”, en M. Vallejo Girvés – J. A. Bueno Delgado – C. Sánchez-Moreno (eds.), *Movilidad* (cit. n. 64), 137-160: 145-146.

<sup>100</sup> *Lib. Pont.*, 75.2.

de suponer que el *magister militum* Dono se quedó en Roma para terminar de pacificar la ciudad. De hecho, la presencia del *chartularios* podría ser indicio de que la entrega de Mauricio se hizo a cambio de dinero; que hubo una negociación entre el *magister militum* y los *iudices* de Roma para poner fin a la revuelta y salvar la ciudad y a sus dirigentes. No obstante, esta es una hipótesis sujeta a discusión. Pero lo más destacable es la presencia del *scribo*. Éstos eran la elite de la elite, un cuerpo escogido entre los 300 soldados que formaban los *excubitores* de palacio para servir como guardia personal de los emperadores, fundado en el reinado de Justiniano, ca. 545. Los *excubitores*, y por tanto los *scribones*, tenían unas características físicas muy concretas. Según las fuentes, debían ser hombres altos y fuertes, vestían de blanco, portaban escudos dorados, lanza, hacha y espada al costado, cubriéndose la cabeza con un casco de penacho rojo, los pies calzados con coturnos y al cuello una cadena de oro<sup>101</sup>. Por el carácter exclusivo de este cuerpo, solían ser los encargados por el emperador para llevar a cabo misiones delicadas, como arrestar a personajes importantes, acompañar a diplomáticos, llevar la paga a las tropas o hacer los preparativos para grandes campañas<sup>102</sup>. Pero además de estas labores, los *scribones* solían estar adscritos, por orden del emperador, al *officium* de un magistrado, en este caso al del exarca de Rávena<sup>103</sup>, de ahí que lo encontremos llevando a los rebeldes a Rávena.

Marino tenía una misión muy concreta: que Mauricio no entrara con vida en Rávena, por lo que el rebelde fue decapitado a 12 millas de la capital del Exarcado, en la ciudad de Ficucias. Según el relato del *Liber Pontificalis* y los *Gesta*, fue el único ejecutado, mientras que el resto de los prisioneros que lo acompañaban fueron encarcelados, a la espera de la decisión del exarca<sup>104</sup>. Se trató de una ejecución sumaria ordenada por Isaac, quizás para evitar un juicio por traición en el que podía quedar comprometido, si aceptamos que quien había urdido el complot para proclamarse emperador fue el exarca. Otro indicio que nos permite abundar en la teoría de que Mauricio tan sólo buscaba sustituir a Isaac en el Exarcado es el hecho de que la cabeza del rebelde fuera expuesta en el circo de Rávena para ejemplo de la población<sup>105</sup>, pero no enviada a Constantinopla, como sí se hizo en el caso de Eleuterio. Por eso es lógico pensar que se trató de una cuestión local que en ningún momento puso en entredicho la figura del emperador.

\*\*\*

<sup>101</sup> Coripp., *Iust.*, III.165-179 y 241-244 [A. Ramírez Tirado (trad., introd. y notas), *Coripo. Juánide. Panegórico de Justino II*, Madrid 1997].

<sup>102</sup> A. H. M. Jones, *LRE*, 658-659.

<sup>103</sup> Ch. Diehl, *Études* (cit. n. 1), 152.

<sup>104</sup> *Lib. Pont.*, 75.2; *Gest. Episc. Neap.*, 27.XXX.

<sup>105</sup> *Lib. Pont.*, 75.2; *Gest. Episc. Neap.*, 27.XXX.

La ejecución de Mauricio y el final de la revuelta que lideró marcaron asimismo el final del exarca Isaac. En línea con la imagen providencialista que guía al género hagiográfico, su muerte se presenta como algo repentino, como el castigo por el saqueo del tesoro pontificio. Esto permitió que los demás conjurados lograran salvar la vida, ya que los excarcelaron y cada uno de ellos volvió a sus hogares<sup>106</sup>. Era el final propio de un perseguidor de la Iglesia, de alguien que era considerado un enemigo de Dios. Pero la realidad fue otra muy distinta, aunque no desligada de la sublevación en el Lacio. Rotario supo aprovechar la debilidad romana, justo en el momento en que los problemas internos del Exarcado eran más acuciantes, para continuar su política expansiva. Todo acabaría en ese mismo año de 643, con la batalla de Escoltenna (río Panaro) en la región de la Emilia, que se saldó, según el relato de la *Historia Langobardorum* –el único que conservamos–, con 8.000 romanos muertos, entre los que se encontraba el propio Isaac, y el resto del ejército puesto en fuga<sup>107</sup>. Hacer morir al exarca a manos de un hereje arriano como era el rey longobardo no resultaba tan edificante.

### 3. ¿Pacto o rebelión del exarca Olimpio?

La crisis entre Roma y Constantinopla durante el siglo VII llegó a su punto culminante durante el pontificado de Martín I (649-653, † 655) por la querrela monotelita, que entró en un nuevo capítulo con la promulgación por parte de Constante II del *Typos* (ca. 648), hecho que se produjo después de la muerte de Teodoro<sup>108</sup>. Como viene siendo habitual, las únicas fuentes para reconstruir estos acontecimientos son el *Liber Pontificalis* y los *Gesta* napolitanos, lo cual da al relato un claro sesgo pro-occidental que se ve claramente en el silencio que guardan acerca de la ‘culpa’ de Honorio, condenado en posteriores concilios por su apoyo inicial al monotelismo, como se ha visto anteriormente.

De ahí que en la *Vita Martini* se señale a la *superbia* del patriarca Pablo de Constantinopla, a su obstinación en mantener un dogma que desde Roma se ve como un error, en tanto que va contra la *tradio apostolica*<sup>109</sup>. Un enfrentamiento del que no está exento el hecho de que se considerara ilegal el ascenso de Pablo al solio patriarcal y que por ese motivo se enviara a Martín como *apocrisarios* a Constantinopla, para verificar si la deposición de Pirro se había llevado a cabo de acuerdo con las leyes eclesiásticas<sup>110</sup>.

<sup>106</sup> *Lib. Pont.*, 75.2.

<sup>107</sup> Paul. Diac., *Hist. Lang.*, IV.45; O. Bertolini, “Il patrizio” (cit. n. 5), 119-120.

<sup>108</sup> J. Meyendorff, *Imperial Unity* (cit. n. 10), 365.

<sup>109</sup> *Lib. Pont.*, 76.1.

<sup>110</sup> P. Conte, *Chiesa e primato nelle lettere dei papi del secolo VII*, Milano 1971, 76; A. J. Ekonomou, *Byzantine Rome* (cit. n. 14), 98.

Sin embargo, en ningún momento se señala la responsabilidad del emperador; si ha cometido un error se debe a que ha sido obligado a firmar el edicto por los malos consejos recibidos. Es una actitud pragmática la que adoptaron desde el patriarcado de Roma: acusar al emperador de hereje hubiera significado una rebelión política. Un frente que ni a Martín ni a sus seguidores les interesaba abrir, razón por la cual pretendieron dejarlo todo dentro del ámbito eclesiástico. Recordemos que su elección como patriarca no ha sido sancionada por el emperador Constante y que además convoca un sínodo, el de Letrán (649), con el que busca legitimarse<sup>111</sup>.

Podemos resumir el enfrentamiento entre las dos sedes –además, son las únicas que permanecen en territorio bajo dominio cristiano– como un episodio de persecución y resistencia, con dos actos que se representaron de manera casi simultánea en las calles de Constantinopla y Roma. Las fuentes occidentales hacen hincapié en la intervención de Constantinopla en los asuntos de Roma, pero esto se da en las dos direcciones. El patriarca Martín quiso aprovechar el alejamiento de los ortodoxos de Siria-Palestina para ejercer su influencia sobre los cristianos que quedaron bajo el Califato<sup>112</sup>, actuando en el patio trasero de su gran rival.

La negativa de la sede del Tíber a aceptar el *Typos* desencadenó represalias en la capital de la Romania, que tuvieron como principal objetivo al *apocrisarios* Anastasio. Las medidas que se tomaron contra la legación romana fueron drásticas, al clausurarse el palacio de Placidia y el oratorio, que servía de residencia a los representantes del papado<sup>113</sup>. Una medida excepcional que, según la *Vita Martini*, no se habían atrevido a tomar antes otros herejes<sup>114</sup>. Tal dureza hace pensar que desde Placidia debían estar agitando a los monjes contra el patriarca Pablo –la figura del emperador es sagrada– y que en el oratorio de dicho palacio se harían proclamas contra el monotelismo. Es la mejor muestra de lo tensas que eran las relaciones entre Roma y Constantinopla a mediados del siglo VII. El que se estuviera larvando una revuelta anti-monotelita lo indicaría la persecución contra “ortodoxos y venerables sacerdotes, muchos de ellos puestos bajo custodia, algunos enviados al exilio, otros azotados”<sup>115</sup>. Es un lenguaje cargado de retórica martirial para describir

<sup>111</sup> A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), vol. 3, 102-103; J. Richards, *Popes* (cit. n. 8), 186-187; J. Herrin, *Formation* (cit. n. 8), 218; J. Meyendorff, *Imperial Unity* (cit. n. 10), 365; A. J. Ekonomou, *Byzantine Rome* (cit. n. 14), 129; P. Booth, *Crisis* (cit. n. 29), 293-294. Para el sínodo de Letrán, Véase R. Price (trad. y notas), *The Acts of the Lateran Synod of 649*. With contributions by Phil Booth and Catherine Cubitt, Liverpool 2014.

<sup>112</sup> A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), vol. 3, 102-103; P. Conte, *Chiesa*, 68-72.

<sup>113</sup> *Lib. Pont.*, 76.2; A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), vol. 3, 89.

<sup>114</sup> *Lib. Pont.*, 76.2.

<sup>115</sup> *Lib. Pont.*, 76.2.



los acontecimientos, cuya única finalidad era la de cohesionar a quienes se oponían a la nueva política religiosa, presentando como modelo a los mártires de los primeros tiempos del cristianismo. Los *confesores*, aquellos que han sufrido torturas e incluso han sido ejecutados por su fe, vuelven a ser el modelo a imitar por los verdaderos cristianos.

La lucha entre ortodoxia y herejía, entre las dos capitales cristianas, cobra tintes providencialistas. No es sólo una lucha por la primacía eclesiástica, sino por la salvación de los cristianos. Por ese motivo, el autor de la biografía de Martín se complace en señalar cómo muchos ortodoxos se pusieron del lado de Roma frente a Constantinopla, convencidos de que había que terminar con aquella ‘enfermedad’ que amenazaba con destruir la Iglesia<sup>116</sup>. Y aquí entra la sede del Tíber como un agente de la voluntad divina, como un instrumento de la Providencia: sólo un mandato de Roma podía terminar con la herejía monotelita. Esa función la cumplió el sínodo de Letrán.

Fue un sínodo romano, al que no acudieron los obispos de las sedes que estaban bajo la autoridad de los reyes longobardos, y aunque se invitó a los obispos francos, éstos tampoco acudieron<sup>117</sup>. Curiosamente, la mayoría de los presentes era de origen griego, es decir, esos orientales a los que ya aludimos, que habían llegado a Roma huyendo de los árabes y ahora también de la persecución del emperador y el patriarca<sup>118</sup>. Llama la atención la presencia del obispo palestino Esteban de Dora, firme partidario de la posición defendida por Sofronio, o la de Juan de Filadelfia, un árabe que sería enviado por Martín para restaurar la ortodoxia en los patriarcados orientales<sup>119</sup>. Cuidándose mucho de entrar en conflicto directo con el poder político<sup>120</sup>, el concilio condenó a Ciro de Alejandría y a los patriarcas de Constantinopla Sergio, Pirro y Pablo, acusados de introducir ‘novedades’ que confundieron los dogmas de la Iglesia, llevándola a la herejía<sup>121</sup>. Tal era el cuidado con el que se condujo Martín ante Constante II que encabezó la carta en la que le informaba del sínodo con un: “A nuestro devoto, serenísimo y victorioso, hijo amado de Dios y Nuestro Señor Jesucristo, el Augusto Constantino (Constante)”<sup>122</sup>, siguiendo y respetando la costumbre inaugurada por su abuelo Heraclio de autoproclamarse πιστός

<sup>116</sup> *Lib. Pont.*, 76.2.

<sup>117</sup> A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), vol. 3, 99-100.

<sup>118</sup> *Vida griega de S. Martín*, § 1, 254 [P. Peeters, “Une Vie grecque du Pape S. Martin I”, *An-Boll* 51 (1933) 225-262]; J. Meyendorff, *Imperial Unity* (cit. n. 10), 365-366; P. Booth, *Crisis* (cit. n. 29), 274.

<sup>119</sup> P. Conte, *Chiesa* (cit. n. 110), 212-218; J. Meyendorff, *Imperial Unity* (cit. n. 10), 366-367; A. J. Ekonomou, *Byzantine Rome* (cit. n. 14), 131-134.

<sup>120</sup> P. Booth, *Crisis* (cit. n. 29), 294.

<sup>121</sup> *Lib. Pont.*, 76.3; Teoph., *Chron.*, AM 6121, 332-33 y AM 6141, 344; Mich. Syr., II, XI.8, 431.

<sup>122</sup> Martín, *Ep. III*, 138 D [Martín, *Epistola III. Ad Constantem Imperatorem*, PL 87, 138D-146C]; A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), 101-102.

ἐν Χριστῷ βασιλεύς (“emperador fiel en Cristo”)<sup>123</sup>. Las decisiones del sínodo fueron enviadas a todas las diócesis de Oriente y Occidente<sup>124</sup>. Hallamos ecos de esta asamblea en las islas británicas, tan alejadas *a priori* del mundo mediterráneo, recogidos en la *Historia Ecclesiastica* de Beda el Venerable († 735)<sup>125</sup>.

Desde Constantinopla trataron de reconducir la situación con el envío del *cubicularios* Olimpio, un eunuco, como exarca de Italia en 649, que llegó a Roma junto al notario Andreas<sup>126</sup> cuando las sesiones del sínodo ya habían comenzado. En toda esta crisis, el arzobispo Mauro de Rávena tuvo que desempeñar un papel destacado en tanto que estaba enfrentado con el papa de Roma, no (sólo) por un motivo teológico –que no es explícito–, sino por la autonomía de su sede, que alcanzaría en marzo de 666, cuando Constante II la reconociera como arzobispado autocéfalo<sup>127</sup>. También queda por dilucidar la actuación del anterior exarca, el patricio Platón (645-649)<sup>128</sup>, y el *gloriosus* Eupraxio, cuya función desconocemos pero que, por el título, debía de ser un importante funcionario, probablemente notario. Por el relato de la *Vita Martini* suponemos que Platón contaba con el apoyo del ejército, pero éste no procede al arresto del papa, sino que otro, enviado por el emperador, sería quien se encargara de hacerlo<sup>129</sup>. Todo apunta a que después del mandato de Isaac se buscó recortar las atribuciones de los exarcas, tratando de que no actuaran por iniciativa propia y evitar así episodios como los ya analizados. Resulta llamativo que el relevo en el Exarcado se produjera relativamente pronto, cuando Platón llevaba en torno a cuatro años en el gobierno de Italia, quizás también con la intención de que, tras un largo período en el mando, no se diera una identificación con el territorio. Todas ellas, medidas –infructuosas, como se verá– para evitar usurpaciones. Asimismo, con el envío de Olimpio, Constante buscaría a gente de su entera confianza para imponer el *Typos* en Italia<sup>130</sup>.

<sup>123</sup> J. Meyendorff, *Imperial Unity* (cit. n. 10), 334.

<sup>124</sup> *Vida griega de S. Martín*, § 2, 254-255.

<sup>125</sup> Beda, *HE*, IV.17 [J. E. King (ed. y trad.), *Baedae. Opera Historica*, vol. 2, *Ecclesiastical History of the English Nation. Based on the Version of Thomas Stapleton 1565. Books IV-V. Lives of Abbots. Letters to Egbert*, London 1930]. Informa del sínodo que tuvo lugar en Britania ca. 680, presidido por el arzobispo Teodoro de Canterbury, con el fin de evitar que la Iglesia inglesa cayera bajo la herejía de Eutiques. Es en este contexto donde se menciona la llegada a las islas de las copias de los cinco concilios ecuménicos celebrados hasta el momento, así como una copia de las deliberaciones del sínodo de Letrán de 649, que fueron aceptadas íntegramente por Teodoro y demás clérigos ingleses.

<sup>126</sup> *Narrationes*, § 16, 194-195 [B. Neil (ed. y trad.), *Seventh Century Popes and Martyrs: The Political Hagiography of Anastasius Bibliothecarius*, Turnhout 2006].

<sup>127</sup> Agnellus, *Lib. Pont. Raven.*, 110 y 112.

<sup>128</sup> J. Haldon, *Empire* (cit. n. 22), 205.

<sup>129</sup> *Lib. Pont.*, 76.4.

<sup>130</sup> J.-M. Sansterre, *Moines grecs* (cit. n. 82), vol. 1, 126.

El hecho de que en las órdenes que le dieron al nuevo exarca tanto el emperador como el patriarca Pablo, con el que tuvo que reunirse antes de partir, se barajaran tres escenarios distintos, hace pensar en el desconocimiento que había en Constantinopla acerca de la gravedad del problema italiano. Tal vez, lo único que se supiera con certeza, por intermediación del *apocrisarios*, fuera la rebeldía del patriarca Martín, pero no el estado de ánimo del resto de la Iglesia romana. Esta sería la razón por la que se previene a Olimpio acerca de la lealtad del ejército acuartelado en Rávena y de la milicia romana<sup>131</sup>. Como se ha señalado, las tropas greco-orientales que servían en Italia, aunque siguieran manteniendo lazos con sus lugares de origen, estaban fuertemente enraizadas en sus lugares de destino, y los soldados italianos se mostraron mucho más leales a su pontífice que a sus comandantes.

El escenario con el que se encuentra el nuevo exarca es el peor posible. Dice el autor de la *Vita Martini* que halló “la santa Iglesia de Roma unida con todos los obispos italianos, sus sacerdotes, el clero”<sup>132</sup>, en clara referencia a la celebración del sínodo lateranense<sup>133</sup>. No hay fisuras –o al menos así se explicita en el *Liber Pontificalis*– en la oposición al monotelismo. Es la misma imagen que transmiten los *Gesta episcoporum Neapolitanorum*, incidiendo en que fue a su llegada a Roma cuando Olimpio descubrió la verdadera magnitud del asunto<sup>134</sup>. Lo que en un primer momento habría sido visto como una cuestión que afectaba sólo a la ciudad de Roma, y más concretamente al papado, la rebeldía de Martín, se reveló como un problema mucho más amplio y profundo, que afectaba a todo el Exarcado.

Olimpio quiso irrumpir por la fuerza de las armas y clausurar el sínodo para imponer el *Typus* a la Iglesia romana. Una vez más se incide en la voluntad de Dios como el factor que permitió que el sínodo de Letrán concluyera sin mayores sobresaltos externos, impidiendo que el cisma, i.e. el monotelismo, se cebara con la Iglesia “católica y apostólica”<sup>135</sup>. Es de suponer que Roma fue, durante unos días, un hervidero que haría temer un estallido violento, a pesar de que las fuentes de las que disponemos no hagan ninguna alusión al respecto. Asimismo, una de las incógnitas es la actitud de la milicia urbana, si ésta estuvo de parte de Olimpio o si, por el contrario, el exarca llegó a Roma con tropas procedentes de Rávena. Esto último tal vez sea lo más plausible, como también lo puede ser que entrara sólo con un grupo de tropas privadas. Sea como fuere, el no decidirse por emplear la fuerza militar pudo deberse a que Olimpio se viera sobrepasado por la milicia

<sup>131</sup> *Lib. Pont.*, 76.4.

<sup>132</sup> *Lib. Pont.*, 76.5.

<sup>133</sup> P. Conte, *Chiesa* (cit. n. 110), 317-318.

<sup>134</sup> *Gest. Episc. Neap.*, 29.XXXII.

<sup>135</sup> *Lib. Pont.*, 76.6.

romana, poco dispuesta a levantar la mano contra su pontífice y los obispos italianos congregados junto a él. Las tropas que llevaba consigo el exarca no serían suficientes para hacerse con el control de Roma. Del mismo modo, buscaría evitar un levantamiento popular en la capital del Tíber que podría haberle costado la vida y el puesto.

Por esta razón, el exarca optó por una salida más heterodoxa, planeando el asesinato del patriarca Martín durante la celebración de la misa, en un escenario que nos es familiar: la basílica de Santa María *ad praesepe*, aprovechando el momento en que Olimpio fuera a recibir la comunión. Éste debía acercarse acompañado por sus *spatharioi*, su guardia de corps, para recibir el sacramento. Uno de esos guardias sería el encargado de proceder a la ejecución del pontífice. Pero en el instante en que el *spatharios* se preparaba para cumplir con su cometido, quedó cegado por la voluntad de Dios, que protege siempre a sus fieles y mantiene alejada la herejía. Así, el frustrado homicida no pudo ver cómo el exarca recibía de manos del patriarca la comunión y ambos se daban fraternalmente la paz<sup>136</sup>.

Que pudo haber un complot para asesinar a Martín, es muy probable. De hecho, una de las quejas de Martín cuando lo detiene el nuevo exarca, Teodoro Calliopas, según una *Vida* griega de este pontífice, era que Olimpio había intentado acabar con él mediante las armas y, cuando fracasó, por medio de subterfugios<sup>137</sup>. Lo que ya no lo parecería tanto es que se desarrollara en los términos que se recogen en las páginas del *Liber Pontificalis*. Es cierto que una década antes se sacó de la misma iglesia al *chartularios* Mauricio y a sus cómplices en la revuelta contra Isaac. Pero ahora se trataba del asesinato de un patriarca durante uno de los momentos más solemnes del sacramento de la eucaristía. La muerte de Martín en el recinto sagrado de Santa María *ad praesepe*, con todo el simbolismo del lugar, hubiera acarreado al exarca Olimpio, al patriarca Pablo de Constantinopla y al emperador Constante II un importante problema, sirviendo de *casus belli* para una sublevación generalizada de las provincias de Italia y África<sup>138</sup>, opuestas al monotelismo. Tras el juicio,

<sup>136</sup> *Lib. Pont.*, 76.6; *Gest. Episc. Neap.*, 29.XXXII. Llama la atención que el encargado de llevar a cabo la acción no sea un *scribo*, como ya vimos en el caso de la ejecución del *chartularios* Mauricio. Hay precedentes del uso de estos soldados de elite para arrestar a los pontífices romanos que se oponían a la política oficial. Fue el caso, por ejemplo, del papa Vigilio (537-555), al que la emperatriz Teodora († 548) mandó detener cuando aquél se negó a levantar la excomunión que pesaba sobre el patriarca Antimo de Constantinopla (535-536), para lo cual envió al *scribo* Antemio. Véase *Lib. Pont.*, 61.3-4.

<sup>137</sup> *Vida griega de S. Martín*, § 4, 256.

<sup>138</sup> El Exarcado de Cartago fue escenario en 647 de una sublevación encabezada por el exarca Gregorio, alentado por Máximo el Confesor y el papa Teodoro de Roma, que le hicieron verse como un elegido por Dios para salvar la situación crítica que vivían los romanos, amenazados por la herejía y los musulmanes. Este militar se proclamó a sí mismo emperador, pero su aventura duró hasta la derrota de las tropas romanas a manos de los árabes en la batalla de Safetula.

Martín no sería condenado a muerte, muestra de lo problemático que resultaba acabar con la vida de un obispo, sino al exilio en el Quersoneso, donde murió como consecuencia de las heridas provocadas por las torturas a las que fue sometido durante los interrogatorios.

Sin embargo, la historia que recoge la *Vita Martini* adquiere toda su lógica si tenemos en cuenta que el relato pertenece al género hagiográfico, en el que sí están justificadas ciertas actuaciones y comportamientos para ensalzar la bondad del héroe –en este caso, el patriarca Martín– y la maldad del enemigo –representado por el exarca Olimpio y el *spatharios*–. Se trata de una historia de redención: el frustrado homicida acabaría por dar testimonio de su experiencia bajo juramento<sup>139</sup>. El modelo que sirvió de inspiración fue sin duda la caída del caballo de Saulo camino de Damasco y su conversión en Pablo, tal y como es narrada en los *Hechos de los Apóstoles*. La ceguera no deja de ser simbólica, así como la recuperación de la vista: se trata de abrir los ojos del alma a la fe verdadera.

Como viene siendo habitual, no hay ninguna crítica al poder laico, sino que toda la responsabilidad recae sobre un *spatharios* anónimo. Resulta muy significativo el hecho de que Olimpio reciba la comunión y la paz de manos del papa Martín, lo que podría indicarnos que la Iglesia de Roma no lo consideraría un enemigo, a pesar de todo. Esto se debería a actuaciones posteriores, en tanto que Martín no lanzó ningún anatema contra las autoridades civiles, sólo contra las eclesiásticas. Las mismas prevenciones que dejaban a salvo al emperador de las acusaciones de herejía eran las que protegían a su exarca.

Por el relato de la *Vita Martini* es imposible precisar cuándo ni por qué cambiaron las relaciones entre Olimpio y Martín, si es que lo hicieron. Una vez más, el matiz lo introduce la antes citada hagiografía griega, en la que, en el marco de su detención, Martín utiliza el adjetivo *δυσώνυμος* (“odioso”) para referirse a Olimpio<sup>140</sup>. Es cuando menos extraño que en un texto que debía servir para realzar la figura del papa, éste se refiera en tales términos a uno de sus aliados, sobre todo en una disputa con un enemigo. Lo lógico hubiera sido que, de haberse producido la conversión de Olimpio, lo hubiera puesto como ejemplo de conducta para Teodoro Calliopas. Para algunos historiadores las palabras de Martín se enmarcarían en una estrategia para distanciarse del exarca con el que habría estado coaligado<sup>141</sup>, hipótesis que no encajaría con las características del género

Véase V. Christides, *Byzantine Libya and the March of the Arabs towards the West of North Africa*, Oxford 2000, 39-43; Y. Modéran, “Le dossier des sources non musulmanes sur l'exarque Grégoire et l'expédition arabe en Ifrikiyya en 647-648”, en L. A. García Moreno – M<sup>a</sup>. J. Viguera Molins (eds.), *Del Nilo al Ebro* (cit. n. 66), 141-180; J. Meyendorff, *Imperial Unity* (cit. n. 10), 363-364; C. Martínez Carrasco, *Disidencia* (cit. n. 20), 183-186.

<sup>139</sup> *Lib. Pont.*, 76.6.

<sup>140</sup> *Vida griega de S. Martín*, § 4, 256.

<sup>141</sup> P. Booth, *Crisis* (cit. n. 29), 302.



hagiográfico. En una carta dirigida a Teodoro Spudeos, Martín se refiere a su supuesto aliado como “infame”<sup>142</sup>. Por tanto, sería complicado seguir sosteniendo que Olimpio se sublevó de acuerdo con el papa, movido por las decisiones de un sínodo anti-monotelita, como sucediera en el Exarcado africano<sup>143</sup>, a lo que otros añaden la inquietud de las elites locales ante la falta de apoyo militar por parte de Constantinopla<sup>144</sup>.

Quizás no fuera tanto la voluntad de Dios de proteger a su más fiel servidor<sup>145</sup> lo que hizo que el exarca cambiara radicalmente de postura, como su pragmatismo para poner fin a la conjura. Haber seguido adelante, hasta sus últimas consecuencias, en el cumplimiento de las órdenes dadas por Pablo de Constantinopla y Constante II hubiera puesto a Italia al borde de la sedición, complicando aún más la ya de por sí compleja situación del Imperio en todos los frentes. De ahí que Olimpio viera una alianza tácita con Martín como un mal menor; una alianza marcada por el recelo mutuo entre ambos personajes. En el *Liber Pontificalis* se afirma que justo en el momento de su reconciliación, el exarca “revela sus órdenes a aquel hombre santo”<sup>146</sup>. Tal vez haya que leerlo siguiendo la lógica interna del texto, y ver en este acto una confesión que preparaba al exarca para el siguiente acto del drama, escenificando su arrepentimiento.

Así pues, lo que sigue a continuación es la redención del arrepentido Olimpio, situación que no recogen los *Gesta episcoporum Neapolitanarum*<sup>147</sup>. Por esta razón, el ejército que antes se había querido emplear para imponer el herético *Typos* vuelve sus armas contra el verdadero enemigo: los sarracenos que, según la versión de la *Vita Martini*, habían invadido Sicilia<sup>148</sup>. La guerra justa no era la que se hacía contra los verdaderos cristianos, sino contra los enemigos exteriores, contra herejes e infieles; en definitiva, contra todos aquellos que se mueven en los márgenes de la civilización, lo cual representa una visión netamente cristiano-occidental del enfrentamiento contra el islam.

En esa campaña Olimpio encontró la muerte por enfermedad y con ella se produjo la consiguiente destrucción del ejército a causa de sus pecados<sup>149</sup>. Todo parece indicar que fue una epidemia de peste<sup>150</sup> la que diezmó un ejército que no estaba destinado a combatir a los árabes en Sicilia, porque éstos, *ca.* 653, aún no habían comenzado siquie-

<sup>142</sup> *Narrationes*, § 6, 176-177.

<sup>143</sup> P. Booth, *Crisis* (cit. n. 29), 300-301.

<sup>144</sup> J. Haldon, *Empire* (cit. n. 22), 160.

<sup>145</sup> *Lib. Pont.*, 76.7.

<sup>146</sup> *Lib. Pont.*, 76.7.

<sup>147</sup> *Gest. Episc. Neap.*, 29.XXXII.

<sup>148</sup> *Lib. Pont.*, 76.7.

<sup>149</sup> *Lib. Pont.*, 76.7.

<sup>150</sup> A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), vol. 3, 111.

ra sus incursiones en la isla, para las que habrá que esperar hasta 666-667<sup>151</sup>, si bien en estudios recientes se da validez a esta teoría<sup>152</sup>. Esta supuesta invasión árabe de Sicilia no es un hecho aislado en la historiografía latina, ya que encontramos un paralelismo en el intento de desembarco de 270 naves sarracenas en las costas hispanas, que recoge la *Crónica de Alfonso III* y podría fecharse después del aplastamiento de la rebelión del duque Paulo *ca.* 674, pese a que su historicidad también es puesta en duda<sup>153</sup>. Todo esto nos inclina a pensar que tanto en el caso italiano como en el hispano, los árabes cumplen una función providencial, en el primer caso como desencadenantes del castigo contra el impío, y en el segundo para demostrar la capacidad de un monarca como Wamba (672-680) de mantener a su reino a salvo de amenazas internas y externas. Se convierten así en un elemento necesario dentro de determinadas narraciones más allá de la veracidad. No en vano, una de las acusaciones que se le hizo a Martín I fue la de haber escrito cartas y enviado dinero a los sarracenos<sup>154</sup>, sin tener en cuenta que esto podría haberle ocasionado una ruptura con su principal aliado, Máximo el Confesor<sup>155</sup>. Lo que buscaban sus enemigos era presentarlo como un traidor, junto a los enemigos de la Romania. Una más de las contradicciones que observamos en este caso: enviar al exarca a luchar en Sicilia contra otros potenciales aliados.

Y aunque no parece que hubiera ninguna amenaza sarracena, el destino de la expedición de Olimpio sí debía ser la isla mediterránea, pero por otros motivos. Es lo que se desprende de las actas del proceso que se siguió en Constantinopla contra el patriarca Martín I. Entre los testigos que acudieron a declarar contra él se contaban Imerico y Terimo, a los que llama “desdichados”, junto a casi veinte soldados de los que destaca el hecho de que eran de primer rango<sup>156</sup>, lo cual hace pensar en los oficiales del ejército provincial. Eran hombres que estuvieron en estrecho contacto con Olimpio, por lo que no sería descartable que su declaración ante el tribunal estuviera marcada por cierta animadversión contra un exarca que los había conducido al desastre, quizás por falta de previsión. Pero la declaración más importante fue la del patricio Doroteo, pretor de Si-

<sup>151</sup> A. N. Stratos, “The Exarch Olympius and the supposed Arab invasion of Sicily in A.D. 652”, *JÖB* 25 (1976) 63-73; J. Lirola Delgado, *El nacimiento del poder naval musulmán en el Mediterráneo (28-60 H./649-680 C.)*, Granada 1990, 88-91; J. Haldon, *Empire* (cit. n. 22), 39.

<sup>152</sup> P. Booth, *Crisis* (cit. n. 29), 301.

<sup>153</sup> *Cron. Alf. III*, 2 [J. Gil Fernández (ed.), J. L. Moralejo (trad.) y J. I. Ruiz de la Peña, *Crónicas Asturianas. Crónica de Alfonso III (Rotense y “A Sebastián”) y Crónica Albeldense (y “Profética”)*, Oviedo 1985].

<sup>154</sup> *Narrationes*, § 3, 170-171.

<sup>155</sup> D. J. Sahas, “The Demonizing force of the Arab Conquests. The case of Maximus (ca. 580-662) as a political ‘Confessor’”, *JÖB* 53 (2003) 97-116.

<sup>156</sup> *Narrationes*, § 16, 194-195.

cilia<sup>157</sup>, que aseguró en el juicio contra Martín haber aconsejado a Olimpio que no podía subvertir y destruir toda la parte occidental del Imperio, razón por la cual lo llama “homicida enemigo del emperador y la república romana”<sup>158</sup>. Pero el interrogador, Troilo, insiste a los testigos en la conjura que supuestamente habrían tramado entre el exarca y el patriarca de Roma<sup>159</sup>. Sobre la base de esto, es más que probable que las tropas del exarca se dirigieran a Sicilia con el objetivo de someter a un Doroteo que no estaría de acuerdo con la alianza entre Olimpio y Martín. Pero esta expedición quedó desbaratada por una epidemia que acabó con la vida de su comandante en jefe. Es muy atrevido sostener que se trató de una venganza por parte de Doroteo, que no había recibido los fondos ni los refuerzos necesarios para hacer frente a las incursiones árabes<sup>160</sup>, teniendo en cuenta que éstas no se produjeron. El que se buscara el auxilio de los árabes respondería al siempre útil mito de la llamada a un pueblo extranjero para justificar determinadas actuaciones.

A partir de esta tesis, no podemos seguir sosteniendo que lo ocurrido en el Exarcado de Rávena en 652-653 fuera una rebelión en sentido estricto y, si lo fue, ésta se desarrolló de manera muy extraña, ya que sólo se acabó con la muerte de Olimpio y no se envió a nadie desde Constantinopla para ponerle fin. Una hipótesis que, a la luz de las fuentes, me parece válida es la del acuerdo con el patriarca de Roma para ir ganando tiempo. Una estrategia muy similar a la seguida en Oriente frente a los árabes tras Yarmūk. El exarca trataría de apaciguar la situación por iniciativa propia y habría actuado de un modo similar a Ciro de Alejandría diez años atrás, con el objetivo de afianzar su posición en Rávena y Roma antes de pasar de nuevo a la ofensiva para implantar el monotelismo en Italia. No hay que olvidar que las tierras del Exarcado estaban rodeadas por los longobardos y que cualquier guerra civil que se desatara entre las dos capitales italianas sería aprovechada por Rotario, con el que al parecer habría firmado una tregua en 652<sup>161</sup>, para continuar expandiéndose a costa de los romanos.

#### **4. Conclusiones**

La problemática vivida en el Exarcado de Italia durante el período estudiado estuvo marcada por la coexistencia en un mismo espacio del papado y el Imperio. Una relación que hubiera tomado otro cariz de no haberse desarrollado durante una crisis de legitimidad

<sup>157</sup> “Dorotheus 2”, *PIBiz*, vol. 1, 382.

<sup>158</sup> *Narrationes*, § 16, 194-195.

<sup>159</sup> *Narrationes*, § 17, 196-197.

<sup>160</sup> J. Richards, *Popes* (cit. n. 8), 189; J. Herrin, *Formation* (cit. n. 8), 256-257; J. Meyendorff, *Imperial Unity* (cit. n. 10), 366.

<sup>161</sup> A. N. Stratos, *Byzantium* (cit. n. 2), vol. 3, 108.

política abierta a comienzos del siglo VII, con un ciclo de golpes de Estado y guerras civiles y exteriores, agravado por la querrela monotelita, que puso en entredicho a las autoridades civiles y las estructuras que las sustentaban. Esta crisis política –en Occidente también económica– no debe ser vista como una causa, sino como una consecuencia de un Mediterráneo en transformación que transita hacia un nuevo ordenamiento.

Observamos en Roma un enfrentamiento entre dos facciones de la aristocracia en pugna por el poder. En ese marco se encuadran las acciones del *chartularios* Mauricio, que cohesiona en torno a su figura a la aristocracia tradicional romana, a los senadores, con una puesta en escena que pretende resucitar viejas fórmulas de gobierno más propias de otra época. Evidencia las resistencias de una parte del antiguo estamento dirigente, que está perdiendo terreno frente a un grupo social que crecía a la sombra de una Iglesia que había asumido importantes parcelas del poder civil. Se trató por tanto de una reacción que estuvo a punto de triunfar debido al apoyo de los funcionarios del Exarcado. El propio *chartularios* también vería peligrar su posición frente al nuevo orden que estaba prefigurándose. En buena medida, en Italia chocan las estructuras estatales del Imperio con la organización de los reinos occidentales, que se evidencia en la preponderancia de la “ciudad episcopal”.

Sobre la base de lo que narran las fuentes, es muy difícil entender los hechos como una guerra de liberación nacional. El *chartularios* Mauricio no levantó Roma contra la opresión de los griegos. Ateniéndome a la lógica ya expuesta, la rebelión contra el exarca Isaac estuvo relacionada con ese tiempo de cambio y las resistencias que provocó. Fue un levantamiento para derrocar a un exarca que aglutinó en su persona todos los poderes civiles y militares, como ninguno otro pareció haberlos ejercido. No hay ningún indicio que permita validar o rechazar la acusación de los rebeldes de que quería proclamarse emperador, extremo al que tampoco llegó Mauricio. Todo se desarrolló dentro de los límites de la política provincial. Y se vuelve a ver lo que parece la resurrección de una institución que parecía liquidada en las agitaciones del siglo VII, como fue el consulado. Lo que perseguía Mauricio con ello sería presentarse ante la aristocracia senatorial como gobernador legítimo del Exarcado en lugar de Isaac. El abandono por parte de sus partidarios y la ejecución sumaria antes de llegar a Rávena muestran que se trató de una cuestión entre el *chartularios* y el exarca. Una guerra civil que sin duda alguna favoreció la expansión de los longobardos, lo cual marcaría las actuaciones posteriores por el miedo de las autoridades romanas a que se repitiera una situación similar.

La estabilidad política italiana saltó por los aires a mediados de siglo tomando como pretexto la querrela monotelita. Es una situación excepcional dentro de la norma en las relaciones entre Roma y Constantinopla, entre el poder religioso y el político. En momentos anteriores, la sede del Tíber se había separado de las sedes orientales –cisma

acaciano o las cuestión de los Tres Capítulos– para volver a la unidad de la Iglesia, pero nunca se había puesto en entredicho la unidad política de la Romania. En la querella monotelita hay un factor determinante: al emperador se le considera un hereje contra el cual es legítimo alzarse, pero no hay una voluntad secesionista, porque se entiende que el Imperio era un instrumento de la Providencia para asegurar la salvación de la Humanidad. Y esa es la motivación detrás de la intentona protagonizada por el exarca Gregorio de Cartago cuando fue alentado por el papa Teodoro y Máximo el Confesor, pero no está tan claro que sucediera lo mismo con Olimpio.

Todo apunta a que este exarca buscó un entendimiento con Martín para tratar de salvaguardar la situación en el Exarcado de Italia ante la imposibilidad de cumplir las órdenes que llevaba desde Constantinopla, lo que molestó no sólo en la capital del Imperio, sino también en la península itálica. La realidad italiana –desconocida en buena medida para el emperador y sus consejeros– había puesto en entredicho la posibilidad de imponer el *Typus*. Se pone de relieve el pragmatismo del exarca Olimpio al alcanzar una suerte de tregua con el papa para evitar la guerra civil, que hubiera sido aprovechada por Rotario para continuar su expansión. La relación entre ambos personajes debió ser tensa a juzgar por el modo en que Martín se refería al exarca ya muerto, lo que hace descartar la posibilidad de una alianza entre ellos para desgajar Italia del Imperio con ayuda de los árabes. Esto forma parte de las acusaciones más o menos infundadas que se hicieron contra el papa desde los círculos constantinopolitanos para lograr su condena definitiva y el triunfo del monotelismo, pero que a la inversa también sería utilizada por los partidarios del papado, resaltando la iniquidad de sus adversarios greco-orientales.



